

PEDRO BUENDÍA
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

En la primera mitad del s. XII, el viajero granadino Abū Ḥāmid visitó las pirámides de Egipto y se sorprendió del pequeño tamaño que tenían los sarcófagos y tumbas que allí vio:

Varios cadáveres envueltos en múltiples mortajas –más de cien por cada uno–, agujereadas y ennegrecidas por el paso del tiempo. *Los hombres a quienes pertenecieron estos cuerpos no fueron excesivamente altos, sino de una estatura muy parecida a la nuestra*¹.

La extrañeza de Abū Ḥāmid se debe a la extendida creencia, de gran predicamento en la literatura árabe medieval y renovada en el folklore hasta nuestros días, en pretéritas razas de gigantes que en un pasado primordial habitaron la tierra. Patriarcas, profetas, pueblos extintos tan sabios como impíos miraban al suelo fértil desde una altura muy superior a la nuestra. Los testimonios sobre el tamaño desmesurado de sus hechuras a menudo se acompañan de noticias acerca de su extraordinaria longevidad, comprendida entre los casi mil años de vida de Noé y

¹ Abū Ḥāmid al-Garnāṭī, *Tuḥfat al-albāb (El regalo de los espíritus)*, trad. A. Ramos, Madrid, 1990, pág. 51 (en adelante, citado *Tuḥfā*). El subrayado es nuestro.

Matusalén, y los ciento veinte que algunos poetas, tradicionistas y santones vivieron hasta épocas ya relacionadas con el Islam.

El profesor Brannon M. Wheeler ha estudiado, con gran erudición y talento, el fenómeno de las tumbas gigantes diseminadas por diversos lugares de oriente medio, atribuidas a personajes legendarios de la historia monoteísta². En su excelente página web³ pueden observarse numerosas fotografías de dichos sepulcros insólitos, hoy convertidos en verdaderos santuarios y lugares de peregrinación islámicos. Su longitud abarca, desde los 10 metros de la «tumba de Abel» en Sūq Wādī Barada (Siria) hasta los 40 de la «tumba de Set» en el valle de Bekaa del Líbano.

La creencia en remotas especies de hombres descomunales remonta al célebre pasaje de *Génesis* 6:1-4, cuando los *ḅnē hā'ēlōhīm* o «hijos de Dios» se entregaron al comercio carnal con las *ḅnōt hā'ādām* o «hijas de los hombres», fruto de cuya relación nacieron gigantes que poblaron la tierra⁴. Esta idea perdura en buena parte del folklore islámico hasta nuestros días, como lo demuestran las tumbas-santuario estudiadas por Wheeler, la opinión en medios populares árabes acerca de que las pirámides y otras construcciones monumentales de oriente medio fueron obra de gigantes, y sobre todo la mención que el Alcorán (7:65) hace del legendario pueblo de 'Ād, tan corpulento como corrupto, que fue castigado por Allāh en pago por sus muchas maldades. A continuación intentaremos esbozar un panorama esencial acerca de esos gigantes y macrobios, sus principales manifestaciones, sus hechos insólitos y las explicaciones, tanto literarias como académicas, acerca de su existencia.

1. EL ORIGEN (LITERARIO) DE LOS GIGANTES

Es en el capítulo VI del *Génesis*, en tiempos inmediatamente anteriores al Diluvio, donde parece encontrarse el origen o mención primera de estos gigantes:

Sucedió, cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz del suelo y les nacieron hijas, que vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas. Se tomaron, pues, mujeres entre todas las que

² B. WHEELER, «Arab Prophets and the Tombs of Giants», *Bulletin of the Royal Institute for Inter-Faith Studies* 6.2 (2006), 39-61.

³ [www.usna.edu/Users/humss/bwheeler/]

⁴ Tengo el gusto de agradecer al Dr. Adolfo Roitman, del Israel Museum de Jerusalén, sus valiosos consejos y orientaciones al respecto de los gigantes en el judaísmo, así como el haberme proporcionado copia de un bello artículo suyo «¿Los judíos creyeron en la existencia de gigantes?», publicado en el semanario *Aurora*, de Israel con fecha 19-6-08.

habían escogido. Dijo entonces el Señor: «No permanecerá mi espíritu para siempre en el hombre, porque él es carne. Serán, pues, sus días ciento veinte años». Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después, cuando vinieron los hijos de Dios hacia las hijas de los hombres y ellas les daban hijos. Son estos los héroes que fueron desde la antigüedad hombres de renombre.

Vio, pues, el Señor que era grande la maldad del hombre sobre la tierra y que todos los planes que maquinaba su corazón no eran sino de continuo malos. Se arrepintió entonces el Señor de haber hecho al hombre sobre la tierra y se dolió en su corazón. Dijo el señor: «Voy a raer al hombre que creé de sobre la haz del suelo»⁵.

La presencia en la tierra de aquellos gigantes; el comercio carnal de esos enigmáticos «hijos de Dios» con las hijas de los hombres; la identidad y naturaleza de tales «hijos de Dios»; la limitación que Dios impone a la vida humana, restringiendo su duración a ciento veinte años; la relación de todos estos hechos con el castigo divino y el advenimiento del Diluvio: he aquí una profusión de elementos lo bastante enigmáticos y oscuros como para haber desencadenado una verdadera tormenta hermenéutica en las exégesis rabínica y cristiana.

Como ya señaló J. Skinner en su comentario al *Génesis* (1910), el trasfondo pagano del relato es muy pronunciado⁶, con tres elementos esenciales que parecen haber sido glosados o amalgamados mediante un áspero ajuste textual. Estos tres elementos son: a) el mito de la existencia de los gigantes sobre la Tierra; b) el mito de las relaciones sexuales entre seres divinos y humanos; c) el mito del diluvio. Se echa de ver que estos tres relatos se encastran en el texto del *Génesis* mediante un cuadro de tipo etiológico: la desobediencia y el desorden acarrear el mal y conducen al castigo divino.

Nos interesa destacar el carácter independiente de estos tres elementos refundidos en el texto bíblico porque —es muy importante señalarlo— los tres pasarán a la literatura árabe y las tradiciones islámicas de manera aislada, sin mezclarse o contaminarse grandemente; o al menos sin que ninguno de los dos primeros se presente como razón o causa del tercero.

⁵ Gn 6: 1-7, en *Sagrada Escritura*, ed. de los profesores de la Compañía de Jesús, 9 vols., Madrid, BAC, 1967. En adelante, todas las citas bíblicas tomadas de esta obra.

⁶ J. SKINNER, *A Critical and Exegetical Commentary on Genesis*, New York, 1910, pág. 140 *ad* Gn. 6:1-4.

A pesar de que el *Génesis* afirma de seguido que el Diluvio aniquiló «toda carne en quien haya soplado de vida debajo de los cielos» (6:17), los gigantes vuelven a aparecer en el texto bíblico (Nm 13:17-33) al aproximarse el pueblo de Israel a Canaán, con nuevas noticias acerca de varias razas de gigantes que habitaban aquella tierra de promisión: ‘*Ānāqīm*, *Rᵉpā’īm*, *Nᵉpīlīm*, *Gibbōrīm*, ‘*Ēmīm*, *Zamzummīm*. Estos pueblos de gigantes, de confusa y enigmática denominación⁷, son descritos cuando Moisés manda espiar la tierra de Canaán, en «los días de las primeras uvas»⁸. Los enviados cortan allí el célebre racimo gigante, que deben transportar con una pértiga, y regresan describiendo la tierra y sus habitantes:

Fuimos a la tierra donde nos enviaste: en verdad mana leche y miel, y estos son sus frutos. Sólo que es muy fuerte el pueblo que habita en la tierra, y las ciudades fortificadas y muy grandes (Nm 13:27-28)[...] es una tierra que devora a sus propios habitantes, y toda la gente que hemos visto en ella son hombres de gran estatura. Hemos visto allí a los *Nefilim* (los hijos de Anaq, de la estirpe de los *nefilim*); y nos sentíamos como langostas, y así debíamos parecer a los ojos de ellos (Nm:13:32-33).

Según leemos más tarde en *Deuteronomio* 1:28, aquellos gigantes vivían en «ciudades grandes y fortificadas que tocan el cielo». Así pues, la continuación de este relato da pie a la hipótesis de que: a) el mito de los gigantes gozaba de larga antigüedad en oriente medio, y estaba motivado en parte por la existencia de numerosas construcciones megalíticas abundantes en Palestina / Canaán, cuya autoría y razón de ser era desconocida para los conquistadores israelitas⁹; y b) que, tras aparecer en el *Génesis*, el mito fue más tarde «historizado» en el texto de *Números*, y desprovisto de sus características semidivinas para incardinarlo en el pasado, aún distante y heroico, pero «real», de la conquista¹⁰.

⁷ Sobre la problemática e identificación de tan variada onomástica, v. *Dictionary of Deities and Demons in the Bible*, o. cit., s.v. *giants*, art. de G. MUSSIES; R. DE VAUX, *Histoire ancienne d’Israël*, París, 1971, págs. 130-1; L. GINZBERG, *The Legends of the Jews*, Baltimore, 1998 (reimpr. Philadelphia, 1946), vol. I, pág. 151; Cf. asimismo la pintoresca explicación rabínica en el *Midrás Génesis Rabbah* (= *Midrach Rabba I, Genèse*, ed. A. Elkaïm-Sartre, París, Verdier, 1990), 26:7 (en adelante, citado *Midrás BR*).

⁸ Nm. 13:23-33.

⁹ Sobre dichas construcciones, véase K.H. YASSINE, «The Dolmens: Construction and Dating Reconsidered», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 259 (1985), 63-69; E.C. BROOME, «The Dolmens of Palestine and Transjordan», *Journal of Biblical Literature* 59 (1940), 479-497; G. E. WRIGHT, «Trogglodites and Giants in Palestine», *Journal of Biblical Literature* 57 (1938), 305-39.

¹⁰ *Dictionary of Deities and Demons in the Bible*, o. cit., s.v. *Nephilim*, art. de P.W. COXON.

En efecto, el argumento de que sólo gigantes pudieron construir antiguas edificaciones colosales –como las pirámides de Egipto o las soberbias ciudades de Petra, Palmira o Madā'in Šāliḥ– cuyos constructores desaparecieron y fueron olvidados, se repetirá frecuentemente en la literatura árabe, y llegará a ser comentado incluso por Ibn Jaldún ya en el s. XIV, como veremos.

Por si el relato del *Génesis* y la reaparición de los gigantes en *Números* y posteriores pasajes bíblicos no fuera lo bastante confuso, aún la literatura apocalíptica vendría a complicar las cosas. El *Libro de los Vigilantes*, primera parte del *Libro 1 de Henoc*, identifica directamente a los progenitores de los gigantes (los enigmáticos *b'ne ha'elohim* o «hijos de Dios» de *Génesis* 6:1-4), con los ángeles, convirtiendo la historia de su ayuntamiento con las mujeres en causa o razón de su caída. Una nueva etiología de la existencia del Mal, con un fuerte trasfondo esta vez gnóstico. Tentados por la belleza de hijas de los hombres, los ángeles –ahora llamados «Hijos de los Cielos»– se conjuran para tener comercio carnal con ellas y engendrar hijos. Doscientos ángeles, según el *Libro de los Vigilantes*, tomaron mujeres, y de esta unión nacieron razas de gigantes. Los ángeles, además, fueron los primeros en traer a la tierra cuatro saberes que enseñaron a sus dueñas: la magia, la medicina, la orfebrería y la astrología¹¹.

Por otra parte, los gigantes que alumbraron las mujeres tras emparejarse con los ángeles son razas perversas y corruptas: «Comenzaron a pecar con aves, bestias, reptiles y peces, consumiendo su propia carne y bebiendo su sangre»¹². Son hijos de la torpe concupiscencia, el desenfreno y el desorden: «Arrojaban su esperma sobre los árboles y las piedras», añade el *Midrás Génesis Rabbah*¹³. La ola de corrupción, impiedad y fornicio fue tanta, que hasta la misma tierra «se quejó de los inicuos»¹⁴. Airado, Dios decide castigar de modo ejemplar a los ángeles rebeldes, exterminar a los gigantes («esos bastardos, réprobos y nacidos de fornicación»¹⁵) y enviar un diluvio a la tierra tras el cual «perecerá cuanto en ella haya»¹⁶. Azazel y Semyaza, los jefes de los ángeles desobedientes, son castigados severamente: el primero enterra-

¹¹ *Libro 1 de Henoc*, II, 7-8 (etíopico y griego), trad. F. CORRIENTE, A. PIÑERO, en A. Díez MACHO, *Apócrifos del Antiguo Testamento*, tomo IV, Madrid, 1983.

¹² *Libro I de Henoc*, II, 7:5 (versión etíope).

¹³ *Midrás BR 26:4*, ad *Génesis* 6:1-4.

¹⁴ *Libro I de Henoc*, II, 7:6 (versión etíope).

¹⁵ *Ib.*, II, 10:9.

¹⁶ *Ib.*, II, 10:4-5 y 11-13.

do en el desierto de Dudael con piedras ásperas y cubierto de tinieblas; el segundo, atado «bajo los collados de la tierra» hasta el día del juicio eterno¹⁷.

Como señala Mathias Delcor, es bastante posible que el autor del *Libro de los Vigilantes* contaminara de algún modo las leyendas de los gigantes bíblicos con algunos relatos de gigantes de la tradición griega, caracterizados en no pocas ocasiones por la antropofagia¹⁸. También es llamativa la estrecha semejanza de esta leyenda con el mito de Prometeo, que en rebelión contra Zeus enseña a los hombres, entre otras, las artes del fuego, la matemática, la agricultura, la navegación, la medicina y, por supuesto, la astrología¹⁹; todo lo cual le acarrea el castigo de ser encadenado en el Cáucaso con cables de acero²⁰.

Así pues, como ya dijimos, la perícopa sobre los gigantes del *Génesis* y su posterior desarrollo en el *Libro de los Vigilantes*, con todos sus inquietantes detalles, provocó el más vivo desasosiego a no pocos exégetas de los tiempos antiguos y modernos²¹: ¿quiénes eran esos «Hijos de Dios»? ¿Eran ángeles o seres de otra clase? Si eran ángeles, ¿cómo pudieron rebelarse contra su Creador? ¿Bajo qué forma se ayuntaron con las mujeres? ¿Tomaron hechuras de hombre? Y la naturaleza de los ángeles, ¿es material o espiritual? ¿Qué significa todo ello?

Antes de pasar a los gigantes en el Islam, será útil precisar que las tentativas de racionalización o explicación alegórica de la expresión *b' nê hâ'elôhîm* son tardías.

¹⁷ *Ib.*, II, 10:12; en 13:1, la «grave sentencia de atarte» está destinada sin embargo a Azazel.

¹⁸ M. DELCOR, «Caída de los ángeles y origen de los gigantes en la apocalíptica judía», en *Mito y tradición en la literatura apocalíptica*, Madrid, 1977, págs. 67-110 (trad. esp. de «Le mythe de la chute des anges et de l'origine des géants comme explication du mal dans le monde dans l'apocalyptique juive. Histoire des traditions», *Revue de l'histoire des religions* 190 (1976), 3-53, 24-41), pág. 91, donde también recuerda a los titanes de la *Teogonía* de Hesíodo, expulsados del cielo por Urano y liberados por Zeus de su prisión subterránea.

¹⁹ ESQUILO, *Prometeo encadenado*, vv. 452-487.

²⁰ Cf. P. GRIMAL, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona-Buenos Aires, 1997, s.v. *Prometeo*. Cf. M. Delcor, «Caída de los ángeles y origen de los gigantes en la apocalíptica judía», art. cit., pág. 85.

²¹ Véase la sentida confesión del padre Ch. Robert en los prolegómenos de su clásico y venerable trabajo «Les fils de Dieu et les Filles de l'Homme», *Revue Biblique* 3 (1895), 340-373, y 4 (1895), 525-552, págs. 340-1; P. D. HANSON, «Rebellion in Heaven, Azazel, and euhemeristic heroes in I Enoch 6-11», *Journal of Biblical Literature* 96 (1977), 195-233; L.T. STUCKENBRUCK, «The «Angels» and «Giants» of Genesis 6:1-4 in Second and Third Century BCE Jewish Interpretation: Reflections on the Posture of Early Apocalyptic Traditions», *Dead Sea Discoveries* 7 (2000), 354-377. *Passim*.

Hasta mediados del s. II se aceptó ampliamente, tanto en el judaísmo como en el cristianismo, que los «hijos de Dios» eran ángeles²². Sólo a partir de Simeón b. Yoḥai (que «maldecía a todo aquél que traducía ‘Hijos de Dios’»²³) comienzan a imponerse otras versiones para esos enigmáticos *b̄nê hā’ēlōhîm*. Dichas versiones («hijos de los jueces», «Hijos de Set»²⁴) revelan un intenso debate angeológico en el seno del judaísmo, y una pugna entre la concepción rabínica de la Salvación por la obediencia (que obviamente debía incluir a los ángeles), y entre la interpretación esotérica de los círculos gnósticos, deseosos de encontrar una explicación espiritualmente convincente para el problema del mal²⁵. En cuanto al cristianismo, al menos hasta san Cesario, Agustín y el Crisóstomo, también los primeros Padres aceptaron sin grandes reservas la unión carnal de mujeres y ángeles²⁶. Tertuliano, que los llamó «*desertores Dei, amatores feminarum*», llegó incluso a interpretar el mandato de velarse las mujeres en las iglesias dado por San Pablo «*propter angelos*»²⁷, como confirmación de la apetencia o debilidad de estos seres²⁸. Así pues, al igual que gran parte de la hermenéutica judeocristiana contempló sin gran espanto metafísico la posibilidad de que la tierra fuera habitada por gigantes (engendrados por ángeles) engolfados

²² Cf. Ph.S. ALEXANDER, «The Targumim and Early Exegesis of «Sons of God» in Genesis 6», *Journal of Jewish Studies* 23 (1972), 60-71; L.T. STUCKENBRUCK, «The «Angels» and «Giants» of Genesis 6:1-4 in Second and Third Century BCE Jewish Interpretation: Reflections on the Posture of Early Apocalyptic Traditions», *Dead Sea Discoveries* 7 (2000), 354-377.

²³ *Midrás BR*, 26:5.

²⁴ Sobre el meollo de tales interpretaciones, aún es útil consultar las obras de J. SKINNER, *A Critical and Exegetical Commentary on Genesis*, pág. 142, n.2 y Ch. ROBERT, «Les fils de Dieu et les Filles de l’Homme», art. cit.; y J. ENCISO, «Los gigantes de la narración del Diluvio», *Estudios Bíblicos* 1 (1941), 544-57, 647-66. *Passim*.

²⁵ La producción literaria de esos círculos, además, estaría estrechamente emparentada con la literatura mística de ascensión celestial o *Hekalot*: cf. Ph.S. ALEXANDER, «The Targumim and Early Exegesis of «Sons of God» in Genesis 6», art. cit., págs. 68-9.

²⁶ Cf. P. ROBERT, «Les fils de Dieu et les Filles de l’Homme», art. cit., pág. 365.

²⁷ 1 Corintios 11:10.

²⁸ P. ROBERT, «Les fils de Dieu et les Filles de l’Homme», art. cit., pág. 350. Por cierto que en al-Kisā’ī (pág. 65, cap.29) el ángel que trae a Eva los ropajes con que cubrir su desnudez para entrar al santuario de la Kaaba se vuelve para no mirarla cuando ella se está vistiendo (Muhammad ibn ‘Abd Allāh al-Kisā’ī, *Tales of the Prophets (Qisas al-anbiyā’)*, translated by Wheeler M. Thackston Jr., Chicago, 1997 [en adelante, citado *al-Kisā’ī*]). Cf. asimismo el *Testamento de Rubén*, 5:6-7, trad. A. Piñero, *Testamentos de los doce Patriarcas*, en A. Díez Macho, *Apócrifos del Antiguo Testamento*, o. cit., tomo V.

(por mujeres) allá en tiempos antediluvianos, tampoco la literatura profética islámica mirará con ojos de espanto la posibilidad de la unión carnal entre ángeles y mujeres de este mundo.

2. ÁNGELES Y GIGANTES EN EL ISLAM

Hemos recordado breve y esencialmente la leyenda de los ángeles caídos y la morada de los gigantes en las tradiciones judía y cristiana para poder presentar mejor los aspectos más relevantes de los gigantes y macrobios en el folklore y la religiosidad islámicos, que a su manera son una continuación viva de aquéllos.

Repitamos que los dos mitos de la caída o rebelión angélica y de la existencia de gigantes sobre la faz de la tierra pasan al Islam separadamente. El primero no se presenta como etiología del segundo, tal como parece ocurrir en el *Génesis* y ocurre en la apocalíptica judeocristiana, sino que ambos constituyen dos ciclos separados, y seguramente sin estrecha relación.

Así, el mito de los ángeles caídos conoció gran difusión en la literatura religiosa musulmana, personificado en las figuras de Hārūt y Mārūt, ángeles mencionados en Alc. 2:102, los cuales desafiaron a Dios por jactarse de que podían comportarse mejor que los hombres. En cuanto fueron enviados a la Tierra, quedaron cautivados por la belleza de al-Zuhara, una hermosa mujer con la que desearon tener trasiego carnal, pues Allah les «había inoculado la misma pasión que a los hijos de Adán»²⁹. Ella les puso como condición que adoraran al mismo ídolo que ella; que cometieran asesinato y que bebieran vino (esto por cierto era lo que más temían los ángeles). Así que ambos bebieron a porfía, cometieron fornicio con la mujer y terminaron matando a un testigo de su infame conducta, que por allí pasaba. No contenta con estas exigencias, al-Zuhara les pidió que le proporcionaran el secreto para ascender al cielo. Ellos entonces le revelaron el Gran Nombre de Dios, con el cual subió a las alturas celestiales, y en castigo por su desvergüenza fue transformada por Allah en una estrella, el planeta Venus (*al-Zuhara*). La literatura religiosa musulmana nos ha dejado pintorescas estampas de Ibn ‘Umar, Ibn Abbás y el Profeta Mahoma maldiciendo a esa estrella³⁰.

En cuanto a Hārūt y Mārūt, fueron severamente castigados: se les ofreció elegir entre la condenación en este mundo o en el otro. Optaron por la primera, y

²⁹ La versión más completa de la historia, con diferentes tradiciones y detalles, en al-Ṭa’labī, *‘Arā’is al-majālis fī qisās al-anbiyā, or «Lives of the prophets» as recounted by Abū Ishāq Ahmad ibn Muḥammad ibn Ibrāhīm al-Ṭa’labī*, translated and annotated by William M. Brinner, Leiden, 2002, págs. 86-91 (en adelante, citado *al-Ṭa’labī*).

³⁰ *Ib.*, al-Ṭa’labī, 88-9.

fueron colgados boca abajo en un pozo de Babilonia³¹. Sus ojos se volvieron azules y sus caras negras, y desde su tormentosa prisión enseñaron a los hombres los secretos de la magia y la brujería, así como a sembrar la discordia entre los matrimonios³². El mito de Hārūt y Mārūt, pues, sirvió también como etiología del origen de la magia y la brujería en este mundo (oportunamente asociado a Babilonia, el lugar más célebre por tales menesteres), pero nunca como pretexto para explicar la creación de los gigantes.

Además, la ventura de Hārūt y Mārūt remonta a fuentes rabínicas muy estrechamente emparentadas con el relato henóquico y también a algunos elementos del mazdeísmo³³; y por tanto la posibilidad de que los ángeles fueran los progenitores de los gigantes debió de ser tempranamente rechazada por la concepción teológica musulmana, que sin embargo no parece haber visto nada extraño ni espantable en la coyunda entre seres celestiales y humanos.

La leyenda de los gigantes, de hecho, debía de gozar un predicamento separado y autónomo desde tiempos muy anteriores al Islam, pues aunque el *Génesis* muestra la mención más célebre de este mito, la creencia no es exclusiva de Israel. Los gigantes abundan en el legado del antiguo oriente³⁴: la *Estela de los buitres* describe a Eannatum I, rey sumerio de Lagash, como un coloso de cinco codos y un palmo de alto³⁵. Gilgamesh, aunque divino en dos tercios y humano sólo en uno, tenía «un cuerpo gigantesco, de esbelta estatura», con once codos de alto y nueve

³¹ Cf. asimismo la *Carta de San Judas*, 6, donde los ángeles «están guardados para el juicio del gran día, en eterna prisión, bajo tinieblas».

³² al-Kisā'i, pág. 48; al-Ta'labī, pág. 89.

³³ Los protagonistas del episodio son los mismos que encabezan la rebelión en el *Libro 1 de Henoc*, Semiaza y Azazel. La mujer es Ištar / Astarté y queda convertida en una de las pléyades. Cf. la leyenda en L. GINZBERG, *The Legends of the Jews*, vol. I, pág. 149. También al-Ta'labī (pág. 87) ofrece los nombres de 'Azā y 'Azābiyā como variantes de Hārūt y Mārūt, los cuales por su parte parecen estar emparentados con dos de las «entidades» de Ahura Mazda, Haurvatat y Ameretat, cf. *EI*², s.v. *Hārūt wa-Mārūt*, art. de G. Vajda. Véase asimismo J. DUCHESNE-GUILLEMIN, «La religión del antiguo Irán», en C.J. Bleeker, G. Widengren (eds.), *Historia Religionum*, 2 vol, Madrid, 1993, vol. I, 319-370, págs. 331, 334; T. FAHD, *La Divination Arabe*, París, 1987, pág. 70, n. 3; Ch. PELLAT, *Le Kitāb at-Tarbī' wa-t-tadwīr de Ġāhiz*, Damasco, 1955, *index*, s.v., *Hārūt et Mārūt*.

³⁴ Cf. A.D. KILMER, «The Mesopotamian Counterparts of the Biblical Nepilim», en E.W. Conrad, E.G. Newing (eds.), *Perspectives on Language and Text: Essays and Poems in Honor of Francis I. Andersen's Sixtieth Birthday*, Indiana, 1987, 39-43.

³⁵ F. LARA PEINADO, n. 65 a la trad. del *Poema de Gilgamesh*, Madrid, 1997 (3ª ed.), tablilla I, págs. 209-10; Cf. F. TALLON, «La stèle des vautours», *Le Monde de la Bible*, 67 (1990).

palmas de ancho³⁶. Su compañero Enkidu es descrito en parejas hechuras. Las noticias recogidas en fin, por Eusebio de Cesarea de las obras de Beroso³⁷ y Filón de Biblos³⁸, a pesar de su discutible valor, mencionan asimismo a los gigantes como habitantes primigenios de la tierra. La pervivencia del mito de los gigantes en el folklore árabe, por su parte, es la muestra fehaciente de que nos encontramos ante una historia larga y antigua; quizá un fondo o ciclo amplio de leyendas contaminadas unas con otras³⁹, cuyos protagonistas principales son los gigantes, los ángeles rebeldes y la tierra fértil aún no domeñada del todo por el principio rector del cosmos, todavía escapándose a su control.

El paso de los gigantes por este mundo recibió pronto confirmación sagrada en el texto alcoránico. En la literatura religiosa del Islam, el relato de la dispersión de la humanidad, de los pueblos que habitaban la tierra tras el diluvio y la ventura que corrieron por sus acciones, fue largamente reformado y comentado, y sirvió de aleccionador ejemplo para los creyentes como una pieza fundamental de la naciente arquitectura teológica musulmana. A la predicación estéril de Noé y las burlas de sus impíos paisanos se agregaron leyendas concernientes a otros pueblos, esta vez árabes, que habrían sido exterminados por Allah en castigo por su iniquidad y por desobedecer las amonestaciones de sus profetas. Unos profetas árabes cuya línea sucesoria culminaría sin duda en Mahoma. En varios pasajes del Alcorán se advierte a los creyentes de que la tierra ha conocido transformaciones radicales: «¡No corrompáis la tierra después de reformada!», amonesta el profeta Šu'ayb al pueblo de los madianitas en la azora 7:85, donde se hace mención expresa de «los que han heredado la tierra después de sus anteriores ocupantes» (7:100).

El más célebre de dichos pueblos es 'Ād, al que le fue enviado el profeta Hūd, quien al predicar a sus paisanos recuerda que el suyo es un pueblo de gigantes: «¿Os maravilláis de que os haya llegado una amonestación de vuestro Señor

³⁶ Además de que «su miembro tenía una longitud de tres palmas», *Poema de Gilgamesh*, ed. cit., texto hitita I, columna I: 8-10, pág. 7.

³⁷ EUSEBIO, *Praeparatio evangelica*, 9:14, trad. E.H. Gifford, Oxford, 1903.

³⁸ EUSEBIO, *Praeparatio evangelica*, 1: 9; Cf. M. DELCOR, «Caída de los ángeles y origen de los gigantes en la apocalíptica judía», art. cit., pág. 72.

³⁹ Cp. M. DELCOR, *ib.*: «Se ha de suponer que en Canaán circuló un mito anterior al yahvismo, mito que relataba la unión de dioses con mortales». La perícopa de *Génesis* 6:1-4 sería, pues, un *logos* etiológico acerca de tal creencia (*ib.*, pág. 73).

por medio de un hombre salido de vosotros para advertiros? Y recordad cuando os hizo sucesores después del pueblo de Noé y os hizo corpulentos»⁴⁰.

Como es sabido, la predicación de Hūd fue desatendida y el pueblo de 'Ād exterminado. Las escuetas noticias alcoránicas al respecto fueron pronto cumplimentadas con una avalancha de pormenores sobre la gran estatura de este pueblo: medían entre 60 y 100 codos. Sus cabezas eran como cúpulas. En las oquedades de sus ojos y narices podían criarse bestias salvajes. Ensoberbecidos por su fuerza y tamaño, las fuentes de relatos proféticos los hacen exclamar: «¿Quién va a ser más poderoso que nosotros?»⁴¹.

Una de las características más señaladas de estas extintas razas de gigantes —un dato esencial que recordaremos— es la construcción de grandiosas edificaciones⁴². A ello apunta el texto del Alcorán (26: 128-9) en el que Hūd reprende a su pueblo: «Construís en cada colina un monumento para divertirlos / y hacéis construcciones esperando, quizá, ser inmortales?» Tales edificios se muestran, en principio, como señal evidente de la pujanza (unida a la soberbia) de sus constructores, pues los gigantes de 'Ād eran tan perversos como los del *Génesis* y el *Libro de los Vigilantes*: bebían vino, prestaban a usura, se engolfaban con esclavas cantoras, vestían seda⁴³ y «violaban los preceptos del parentesco»⁴⁴.

También dentro de estos episodios añadidos en el Alcorán a la *Historia de salvación* figuran los pueblos «protoárabes» de Tamūd y Madyan, a quienes habrían sido enviados los profetas árabes Šāliḥ y Šu'ayb. Aunque en el texto alcoránico no hay indicaciones expresas de su corpulencia, ambos pueblos parecen haber sido asociados a antiguas y sensacionales edificaciones, cuyos constructores eran desconocidos en los primeros tiempos del Islam: los tamudeos en la zona de al-Hi'Yr (Hegra, concretamente en la ciudad nabatea⁴⁵ de Madā'in Šāliḥ, a unos 360 km. al norte de Medina), y los madianitas en la necrópolis también nabatea de *Magā'ir Šu'ayb* ('las

⁴⁰ Alc. 7:69. Usamos en general el texto traducido por J. Cortés, *El Corán*, Barcelona, 1986.

⁴¹ al-Ta'labī, págs. 105-6.

⁴² La idea se muestra ya en EUSEBIO, *Praeparatio evangelica*, ed. cit., 9, 17:2: la ciudad de Babel fue fundada y construida por los gigantes que escaparon al diluvio.

⁴³ La vestimenta de la seda no es para este mundo sino para el otro; en este es propio de impíos y arrogantes descarriados (al-Kisā'i, pág. 68, cap. 29). Adán vestía fina seda bordada en el paraíso (*ib.*, pág. 29, cap. 13)

⁴⁴ al-Ta'labī, pág. 110.

⁴⁵ Cf. R. DUSSAUD, *La Pénétration des Arabes en Syrie avant l'Islam*, París, 1955, págs. 47-51.

cuevas de Šu'ayb') en Wādī l-Abyaḍ, al norte del golfo de 'Aqaba⁴⁶. La creencia musulmana pretende que el pueblo «árabe» de Tamūd comenzó a florecer tras el exterminio del pueblo de 'Ād⁴⁷, y que las magníficas ruinas nabateas de *Madā'in Salih*, excavadas en la roca, eran la prueba de su vigor y prosperidad: «Recordad cuando os hizo sucesores, después de los aditas, y os estableció en la tierra. Edificasteis palacios en las llanuras y excavasteis casas en las montañas» (Alc. 7:74).

Fiel a su costumbre, el Alcorán tan sólo ofrece unas pocas pinceladas de la famosa historia del profeta Šalih y la camella (7:73-79), que una legión de escoliastas y comentaristas se encargó de perfilar posteriormente: tras enviar a Šalih a su pueblo y no creer éste en su prédica, Allah manda como señal a los tamudeos una camella gigante que surge del parto de unos montes: «La roca comenzó a ajetrearse como si estuviera a punto de echar sus entrañas. Entonces se sacudió y rompió, mostrando una camella en su décimo mes, panzuda, peluda, tal y como ellos la habían pedido –y sólo Allah conoce cuán enorme era lo que llevaba dentro. Se quedaron mirando, y entonces salió un potro de camello tan grande como ella»⁴⁸. Como señal divina que era, los tamudeos no debían hacerle daño⁴⁹; pero la camella y su potro espantaban el ganado y esquilaban los recursos, especialmente el agua (parece que lo que más dolió a los tamudeos fue no poder usarla para mezclar el vino⁵⁰). Conque la desjarretaron y fueron severamente castigados por Allah con un temblor que los exterminó⁵¹. Hoy día, el desfiladero por el que se accede a las ruinas de *Madā'in Šalih* recibe el nombre de *mabrakat al-nāqa* ('el echadero de la camella') y hasta tiempos no tan lejanos era lugar de paso de los peregrinos hacia Medina y La Meca; los cuales, al parecer, lo atravesaban con alharaca y pronunciando varias jaculatorias apotropaicas por temor de los *jinn* y los aires de misterio que rodeaban el lugar⁵². Es leyenda que, cuando el Profeta Mahoma lo divisó en su última expedición a Tabūk, dio a su exhausta y sedienta tropa órdenes de no de-

⁴⁶ V. EI, *s.n.* *Madyan Šhu'ayb*, art. de F. Buhl - C.E. Bosworth; R. DUSSAUD, *La Pénétration des Arabes en Syrie avant l'Islam*, o. cit., págs. 178, 190.

⁴⁷ al-Ta'labī, págs. 114 ss.

⁴⁸ al-Ta'labī, pág. 115.

⁴⁹ Cf. Alc. 7:73: «¡Dejadla que pazca en la tierra de Allah y no le hagáis mal!»

⁵⁰ al-Ta'labī, págs. 116 y 119.

⁵¹ Alc. 7:78.

⁵² F.G. CLEMON, «A Visit to the Rock-Tombs of Medain-I-Salih, and the Southern Section of the Hejaz Railway», *The Geographical Journal* 42 (1913): 534-540, pág. 536.

tenerse y de pasar a toda prisa por el desfiladero: «Que nadie de vosotros entre en esta ciudad ni beba de su agua. No os metáis entre esos condenados sino llorando, no os vaya a suceder como a ellos»⁵³.

También el Alcorán recuerda el relato bíblico de los gigantes que poblaban Tierra Santa al aproximarse el pueblo de Israel (Alc. 5:22): «Dijeron: «¡Moisés! Hay en ella un pueblo de gigantes [*qawm^m Yābbārīn*] y no entraremos en ella hasta que ellos no salgan. Si salen, entonces entraremos»»⁵⁴. Al-Ṭabarī aclara sin lugar a dudas el sentido de la expresión *qawm^m yābbārīn*: «Los llamaron *yābbārīn* [‘fuerte’, ‘gigante’, ‘poderoso’] pues por su gran fuerza y enormes hechuras, según sabemos, sojuzgaron a todas las demás naciones»⁵⁵.

Puesto que los más conspicuos hombres de religión habían dado por cierta la existencia de tales gigantes, el hallazgo de restos y reliquias de gran tamaño pronto se convirtió en motivo folklórico y pasó a formar parte del repertorio de la literatura de viajes y la paradoxografía o literatura de prodigios (*‘ajā’ib*). El mismo Abū Ḥamid, tras describir la maravillosa y legendaria ciudad de Iram⁵⁶, edificada por los gigantes ‘ādīs y oculta a los ojos de los hombres con su muralla de oro de 500 codos de alto, pretende haber conocido a un gigante de más de siete codos de alto entre los búlgaros del Volga y otras varias grandiosidades como los sepulcros del pueblo de ‘Ād⁵⁷. Sus noticias nos interesan como demostración palpable de que las tradiciones sobre gigantes eran del gusto del público y gozaban de gran boga en su época (s. XII):

«Yo mismo he visto sus sepulcros en este último lugar; un incisivo, perteneciente a uno de estos gigantes, media cuatro palmos de largo por dos de ancho.

⁵³ al-Ṭabarī, pág. 122.

⁵⁴ { قالوا يَا مُوسَى إِنَّ فِيهَا قَوْمًا جَبَّارِينَ وَإِنَّا لَنُؤَدِّعُنَهَا حَتَّىٰ يَخْرُجُوا مِنْهَا فَإِن يَخْرُجُوا مِنْهَا فَإِنَّا دَاخِلُونَ }

⁵⁵ *Tafsīr ad* 5:22.

⁵⁶ Sobre el mito de Iram, «la ciudad de las columnas», originada a partir de las oscuras aleyas de Alc. 89:6-10 («No has visto cómo ha obrado tu señor con los Aditas / con Iram, la de las columnas, / sin par en el país / con los tamudeos, que excavaron la roca en el valle»), cf. Cf. *Encyclopaedia of Islam*, Leiden, Brill, 1960-2002 (en adelante citada EI), s.v. *Iram*, art. de W. Montgomery Watt; *Tuhfa*, pág. 35 y sigs; al-Mas’ūdī, *Murūy’ al-dabab wa ma’ādīn al-ḡāwhar*, ed. Barbier de Meynard y Pavet de Courteille, rev. Charles Pellat, 7 tomos, Beirut, Publications de l’Université Libanaise, 1966, 923 y sigs [En adelante, citamos esta obra por *Murūy’*].

⁵⁷ Que eran imposibles de encontrar porque, según al-Ṭabarī, unos pájaros negros se los llevaron y los echaron al mar; al-Ṭabarī, *Tārīḡ al-Rusul wa l-Mulūk = The History of al-Tabarī*, Vol. 2, *Prophets and Patriarchs*, trad. W. M. Brinner, New York, 1989 (En adelante, citado *Tabarī II*), 244, pág. 40.

En mi casa de Bāšgīrd guardaba la mitad de la raíz de uno de estos dientes, que habían extraído expresamente para mí de una mandíbula inferior; la otra mitad se había partido hacía tiempo. Esta mitad que yo tenía medía un palmo de ancho y pesaba 1.200 *mitqal* –yo mismo lo pesé–. Aún la tengo en mi casa de Bāšgīrd. El contorno de la mandíbula de aquel ‘ādī medía 17 codos. Un amigo mío de Bāšgīrd conserva en su casa un hueso, perteneciente al brazo de uno de estos gigantes, que mide ocho codos. Las costillas miden tres palmos de ancho cada una y parecen planchas de mármol. Desenterraron para mí la mitad del tarso de la mano de uno de estos gigantes, parte del cual estaba carcomido por la tierra, si bien la parte correspondiente al tarso inferior se conservaba en buen estado; traté de levantar aquel hueso con una sola mano, pero me fue preciso utilizar ambas a la vez»⁵⁸.

3. EN TIEMPOS DE MARICASTAÑA

Este panorama de seres sobrenaturales exagerados a porfía en un escenario protohistórico, de difusas lindes temporales y geográficas, recibe un nombre en la literatura árabe: *zaman al-Fitabl*⁵⁹ o edad antediluviana, una especie de ‘época de Maricastaña’ comprendida entre los días de la Creación y el Diluvio, que subsume todo el tiempo en el cual la humanidad aún no estaba sujeta a las reglas de la civilización, cuando aún debía recibir un fundamento *moral* y ser guiada a la Salvación por el Creador. al-Yāḥiẓ es uno de los primeros en hablarnos de este *zaman al-Fitabl*, «cuando las piedras eran blandas y toda cosa hablaba», descripción que se repetirá una y otra vez al hablar de edades largas y tiempos prehistóricos.

Al decir «Las piedras eran blandas y toda cosa hablaba» encontramos la mejor carta de presentación para relatar unos tiempos dominados por lo numinoso y lo sobrenatural, cuando cualquier prodigio o milagro podía ser obrado. Las piedras blandas ofrecen la explicación apropiada a la existencia de grandes pisadas marcadas en la roca, de trazas y restos de la presencia de egregios personajes. Por su parte, las cosas, al hablar, son testigos parlantes de la grandeza divina, coadyuvan a mostrar la singularidad de la Creación en su época germinal. Ambas características casan a la perfección con las necesidades de los relatos referentes al origen de la humanidad, al desarrollo de los profetas y pueblos, a la dispersión desordenada y caótica de las naciones.

⁵⁸ *Tuhfa*, págs. 89-90.

⁵⁹ **زمن الفطحل** Sobre la etimología de este curioso nombre (quizás constructo de *Ṭab* + *ḥ*), cf. Ch. Pellat, *Le Kitāb al-Tarbi’ wa-t-tadwīr de Ḡābiẓ*, o. cit, *index*, s.v. *al-Fitabl*.

En efecto, en los relatos de profetas musulmanes el Paraíso y la Tierra están habitados por toda clase de objetos parlantes. Cuando Adán y Eva entran al paraíso, todos los ángeles, árboles y pájaros cantan sus alabanzas⁶⁰. Maymūn, el caballo que Allah crea en el paraíso para Adán, también habla. Y hablan los árboles, pues uno ellos llega a gritar a Adán tras su pecado: «¡Aléjate de mí, criatura desobediente!». El pelo mismo de Eva, con el que ella intenta taparse tras apercibirse de su desnudez, también toma la palabra para recriminarla por el pecado cometido⁶¹. Hasta una hoja del paraíso que Eva trata de agarrar para cubrirse es capaz de arrojar su parlamento, diciéndole mientras huye de su mano: «Nada del paraíso te cubrirá después de haber desobedecido a Allah»⁶².

Tras la caída, Adán llora día y noche durante cien años, hasta que la tierra queda poblada de árboles. Los pájaros y bestias lloran también y beben de las lágrimas fertilizantes del patriarca. Allah hace entonces hablar a los animales para acompañar la soledad de Adán⁶³. También al-Ta'labī nos recuerda cómo, tras descender del Arca, Noé ordena ayunar a todos los humanos, bestias y pájaros que con él estaban, en señal de agradecimiento⁶⁴.

Y como las piedras eran blandas, quizá la pisada más célebre que un gigante jamás haya marcado en la roca se encuentre en Ceilán, donde la tradición musulmana cree que Adán holló por primera vez la tierra tras la caída. Aunque las fuentes ofrecen diversidad de nombres para el lugar (monte Sarandīb⁶⁵, Nūd, Dahnā⁶⁶, Rahūn⁶⁷) suelen estar de acuerdo en que era el pico más alto de la tierra y que su ubicación se hallaba en Sarandīb (Ceilán) o en la India. Tradicionalmente se ha creído que tal lugar es el llamado Pico de Adán, lugar sagrado para musulmanes, budistas e hinduistas. Las descripciones de la longitud de la huella allí dejada por

⁶⁰ al-Kisā'i, pág. 35, cap. 15.

⁶¹ *Ib.*, págs. 41-42, cap. 17.

⁶² *Ib.*, pág. 45, cap. 19.

⁶³ *Ib.*, págs. 55-57, cc. 25-26.

⁶⁴ al-Ta'labī, pág. 101.

⁶⁵ al-Ta'labī, pág. 58; al-Kisā'i, pág. 55, cap. 25.

⁶⁶ Ambos en al-Ṭabarī, *Tārīḥ al-Rusul wa l-Mulūk* = *The History of al-Tabari*, Vol. 1, *General Introduction and From the Creation to the Flood*, trad. F. Rosenthal, New York, 1989 (en adelante citado *Ṭabarī I*), 120, págs. 290-1.

⁶⁷ *Aḥbār as-Šīn wa l-Hind, Relation de la Chine et de l'Inde*, ed. J. Sauvaget, París, 1948, 5, pág. 4.

Adán alternan entre los setenta codos de la *Rélation de la Chine et de l'Inde*⁶⁸ y los once palmos contados por Ibn Battūta⁶⁹.

Al-Ṭa'labī nos ha relatado un delicioso episodio en el que, providencialmente, las ropas de Moisés salen volando junto con la roca en la que descansan para evitar murmuraciones sobre el tamaño de sus testículos: pues el patriarca se bañaba aparte, mientras que los israelitas acostumbraban bañarse en grupo «mirando cada uno los genitales del otro». Así pues, comenzaron a murmurar que seguramente tendría los testículos pequeños. Al salir Moisés corriendo desnudo tras la roca, los murmuradores de Israel se percataron de que no había nada extraño en sus partes pudendas. Tras alcanzarla, Moisés azotó la roca y en ella quedaron marcados algunos de los latigazos⁷⁰.

En otro de los lugares santos del Islam, el llamado *Maqām Ibrāhīm*, aún se encuentran las dos pisadas que el patriarca dejó impresas en la piedra, ya fuera mientras supervisaba la construcción de la Kaaba, ya al esperar a su hijo Ismael en una de las ocasiones en que vino a visitarlo desde Siria⁷¹. Sin conocerlo, la mujer de Ismael atiende al viejo patriarca y le lava los cabellos. Al regresar el hijo, siente el olor de su padre y pregunta a su esposa: «¿te ha visitado alguien?» A lo que ella responde: «Sí, vino un hombre anciano, de hermoso rostro y olor maravilloso [...] Le lavé los cabellos, y ahí están sus huellas en la roca». Según el mismo al-Ṭa'labī, las huellas eran de las plantas y dedos de los pies, pero el continuo refregue de los devotos borró las marcas hasta dejarlas en su actual estado, dos grandes agujeros ovalados de fondo plano⁷².

Para terminar de perfilar el sesgo maravilloso de esta época, aún falta precisar las características, un tanto elásticas y ambiguas, del tiempo. Un tiempo que aún se

⁶⁸ *Ib.*

⁶⁹ Ibn Battūta, *A través del Islam*, Trad. S. Fanjul y F. Arbós, Madrid, 1993, pág. 690. Cf. la introducción, pág. 68: también Marco Polo dice haber visitado el lugar, informando acerca de las muelas, pelos y cuenco pertenecientes al patriarca, en evidente contaminación con las tradiciones en torno a la muela del Buda; *EI*, s.v. *Sarandīb*, art. de C.E. Bosworth.

⁷⁰ al-Ṭa'labī, pág. 406.

⁷¹ Según algunas versiones, montado a lomos de la bestia alada al-Burāq, al-Ṭa'labī, pág. 142; Cf. *EI*, s.v. *Makām Ibrāhīm*, art. de M.J. Kister.

⁷² al-Ṭa'labī, *Timār al-Qulūb*, 46, pág. 42. Las pisadas, aunque grandes como panes, no son gigantes, y al parecer coinciden con las medidas del *Qadam Šarīf* o pisadas del Profeta, veneradas en diferentes partes del mundo islámico. Cf. *EI*, s.vv. *Kadam Šarīf*, art. de T.W. Arnold, y *Makām Ibrāhīm*, art. de M. J. Kister.

resiste a ser medido; que por lejano y oscuro no armoniza con las horas humanas. Es largo, flexible, sumiso a los designios del Creador, nunca mecánico e inexorable. Aquellos que lo viven son macrobios; los acontecimientos que en él suceden se demoran sin prisa. Es un tiempo que languidece, como los relojes del pintor Dalí, dentro de un cuadro maravilloso y mágico. Los datos, por ejemplo, acerca de la permanencia de Adán en el paraíso son variables y a menudo irreconciliables entre sí⁷³: según al-Tabarī, Adán estuvo en él un sólo día, aunque cada 12 horas del paraíso equivaldrían a cien años terrestres⁷⁴. al-Mas'ūdī añade que Adán y Eva comenzaron a habitar el Paraíso cuando habían transcurrido tres horas del viernes, y permanecieron en él otras tres horas, un cuarto de día, lo cual equivaldría a 250 años terrestres⁷⁵. Todavía Ibn Abbās señala, según al-Kisā'ī, que el tiempo mediante entre el pacto divino con Adán (Alc. 33:72) y el momento en que comió del árbol no fue más que el que media entre el atardecer y la noche. Y este último autor finalmente recuerda que «Adán permaneció en el Paraíso con Eva durante quinientos años de los de este mundo en la más grande felicidad y mejor condición»⁷⁶.

El Tiempo goza en las edades protohistóricas de características cercanas a lo humano, pues ha de negociar su curso con el Creador: cuando Adán fue formado de arcilla y el espíritu divino todavía no había penetrado en él –apunta al-Kisā'ī–, éste se quejó a Allah de que los orificios para entrar en el cuerpo del patriarca eran muy estrechos: «Oh, Señor, ¿cómo entraré?» –«Entrarás a regañadientes y saldrás a regañadientes», contestó Allah. Este proceso, hasta que el alma penetró completamente en todos los resquicios del cuerpo de Adán, duró 500 años⁷⁷.

De modo que, ya se trate de un tiempo celestial extensible e inconcreto, ya de otro terrenal y medido con secular largueza –y ambos se confunden a menudo en los caletres de sus relatores– no es de extrañar que los patriarcas sean, además de gigantes, macrobios de muy larga existencia.

⁷³ Véase al respecto la espléndida explicación de F. Rosenthal en Tabarī I, 118, pág. 289, n. 778.

⁷⁴ Tabarī I, 228; también al-Kisā'ī coincide en este dato, pág. 55, cap. 25.

⁷⁵ *Murūj*, 47.

⁷⁶ al-Kisā'ī, pág. 34, cap. 15; *Ib.*, pág. 36, cap. 15.

⁷⁷ *Ib.*, pág. 26, cap. 10.

4. PROFETAS: GIGANTES Y MACROBIOS

Hasta ahora, pues, comprobamos que existen dos tipos de gigantes: los profetas, que son gigantes buenos; y los gigantes concupiscentes y malvados, a menudo asociados a la impiedad y, peor aún, a la lujuria.

Los profetas suelen ser también gigantes en las tradiciones del judaísmo. Abraham es descrito en fuentes rabínicas como un gigante tan alto como 70 hombres, que come y bebe como 70 hombres y cada uno de cuyos pasos abarca cuatro millas⁷⁸. Su criado Eliezer también se parece en hechuras a Abraham: es capaz de agarrar dos camellos y hacerles cruzar un río⁷⁹. Por su parte, Jacob parece tan enorme que Rebeca tiene que rasgar en tiras dos pieles de cabrito y coserlas para que alcancen a cubrirle las manos⁸⁰. El *Apocalipsis de Abraham* muestra al arcángel Miguel conduciendo al patriarca hasta las puertas del Paraíso, donde él mismo se describe como un hombre «de gran cuerpo», antes de contemplar las hermosas figuras, más gigantes aún, de Adán y Eva abrazándose bajo un árbol⁸¹. El *Apocalipsis griego de Baruc*, en fin, llega a proporcionar la cantidad exacta de gigantes que perecieron con el diluvio: cuatrocientos nueve mil⁸².

Según el Islam, el gigante más grande de la humanidad parece haber sido Adán. Una tradición remontante a Ibn Abbas⁸³ refiere que, tras ser expulsado del Jardín y caer a la tierra encima del monte Sarandīb, coloca un pie en el pico de la montaña y otro dentro del mar; pero su cabeza aún alcanza los cielos, lo que le permite seguir escuchando los rezos de los ángeles y sus alabanzas a Allah, así como oler el perfume del paraíso⁸⁴. Por ello, los ángeles se quejan y su estatura es limitada

⁷⁸ L. Ginzberg, *The Legends of the Jews*, o. cit., vol. I: pág. 232.

⁷⁹ *Ib.*, vol. I, pág. 295.

⁸⁰ *Ib.*, vol. I, pág. 332.

⁸¹ *The Apocalypse of Abraham*, ed. G. H. Box, Nueva York, 1919, 23:5 y sigs. La descripción de Abraham como gigante en L. Ginzberg, *The Legends of the Jews*, o. cit., vol. I, pág. 304.

⁸² *3 Apoc. Baruc (III Baruch)*, 4:10, en R. H. Charles, *The Apocrypha and Pseudepigrapha of the Old Testament*, Vol. II, Oxford, 1913 (reimpr. 2007).

⁸³ al-Ta'labī, pág. 58.

⁸⁴ Este detalle no figura en Tabarī I, 130-1, págs. 300-1: al caer a la tierra, Adán se pierde las voces de los ángeles, lo cual le provoca gran aflicción.

a sesenta codos⁸⁵. A partir de entonces su cabeza tan solo rozaba las nubes, lo cual le acarreó calvicie, propiedad heredada por sus descendientes, los humanos⁸⁶.

Tras la caída, Adán y Eva fueron a parar a sitios muy lejanos; pero cada uno podía escuchar la voz del otro, llevada por el viento⁸⁷. Los lugares de la tierra donde los culpables del pecado descendieron, con ligeras variantes según las fuentes, fueron estos: Adán en Sarandīb, Eva en Jeddah, Iblīs en Beisán y la serpiente en Isfahán⁸⁸. Así pues, Adán ha de desplazarse hacia Arabia para encontrarse con Eva⁸⁹. Con el primer paso se planta en la India, y en algún trecho alcanza La Meca. En cada sitio donde pisa o se para, surge la civilización, y todo lo demás queda desierto. Cada uno de sus pasos equivaldría a la distancia recorrida en un viaje de tres días⁹⁰. Por otra parte, un hadiz recogido por el propio al-Ṭabarī hace decir al Profeta Mahoma que el patriarca era un gigantón bastante primordial: «Tu padre Adán era tan alto como una palmera muy alta, es decir, sesenta codos⁹¹. Tenía mucho pelo, y sus partes pudendas estaban ocultas. Cuando cometió el pecado [de comer del árbol prohibido] sus partes púdicas se le hicieron visibles»⁹². al-Kisā'i, en fin, añade que Eva era de la misma talla y forma que Adán, «salvo que su piel era más suave y pura de color que la de él, y su voz más dulce».⁹³

Otros varios profetas gozaron también de enormes hechuras. Noé, por ejemplo, no parece haber sido de estatura normal, a juzgar por las dimensiones que, se-

⁸⁵ En al-Kisā'i se la acorta Gabriel, sin más detalles o medidas, pág. 62, cap. 28.

⁸⁶ al-Kisā'i (pág. 55, cap. 25) ofrece la noticia contraria: que era calvo antes, en el paraíso, y que su pelo y barba comenzaron a crecer tras la caída.

⁸⁷ al-Kisā'i, pág. 55, cap. 25.

⁸⁸ Así en al-Mas'ūdī, *Murūj*, 47. al-Kisā'i (pág. 55, cap. 25) sitúa a Iblīs en Maysán y agrega al grupo al pavo real, caído en Egipto, por haber ayudado a Iblīs a entrar en el Paraíso. al-Ṭa'labī (pág. 53) coloca a Adán en una montaña India llamada Nūḍ (o bien Wāsim); a Iblīs en al-Ubulla (Irak); a la serpiente en Ispahán, y al pavo real en Babel. Cf. otras versiones en Ṭabarī I, 120, págs. 290 ss.

⁸⁹ al-Ṭa'labī, págs. 146-7. O bien marcha en peregrinación, o para cumplir el mandato celestial de construir la Kaaba y circunambularla.

⁹⁰ *Ib.* La misma noticia en al-Kisā'i, pág. 62, cap. 28.

⁹¹ Unos 30 metros, siendo el codo tradicional —con multitud de variantes de poca monta para la cuenta que nos trae— unos 50 cm. Cf. EI, *s.v.* *dhīrā'*, art. de W.Hinz.

⁹² Ṭabarī I, 161-2, pág. 332.

⁹³ al-Kisā'i, pág. 31, cap. 14.

gún diversos testimonios musulmanes, habría tenido el Arca que construyó: entre 300 codos de largo, 50 de ancho y 30 de alto; y 1200 codos de largo y 600 de ancho (el doble de un moderno portaaviones), según al-Ṭabarī y al-Ṭaʿlabī⁹⁴. Diferentes versiones referidas por este último dan unas medidas de 80 x 50 x 30 codos; o bien, según Ibn Abbās (omnipresente en toda exageración digna de cuenta) 660 x 330 x 33 codos⁹⁵. A juzgar por su extraordinario contenido, en la mientes musulmanas el Arca debía de parecer gigante, pues Noé cargó en ella los restos de Adán para salvarlos del Diluvio. El montañoso cadáver, atravesado en el Arca, sirvió de barrera para separar a los hombres de las mujeres⁹⁶. Por otra parte, al-Ṭaʿlabī nos describe la milagrosa vara de Moisés, hecha de mito del Paraíso, con una longitud de diez codos «conforme a la altura» del patriarca⁹⁷. La tradición, tanto judía como musulmana, es unánime al considerar que la edad alcanzada por Moisés fue de 120 años; que no mostraba signos de vejez o flojera y que retuvo la apariencia de juventud hasta la muerte⁹⁸.

Las numinosas coordenadas espacio-temporales de la *Historia de salvación* islámica, pues, trazan un universo en expansión, repleto de energía, en el que toda cosa tiende a crecer. Eso sucede hasta que la maldad y el pecado desaniman la voluntad divina y entonces todo tiende a menguar por su Desaliento; pero hasta ese momento, el tiempo es largo, los cuerpos son enormes y las edades perduran secularmente. Según al-Ṭabarī y al-Ṭaʿlabī, Adán vivió bastante para ver cuarenta mil de sus vástagos. Tenía asignados 1000 años de vida⁹⁹, que recortó en 60 para cedérselos a David, su descendiente, a quien le habían sido asignados solamente

⁹⁴ Ṭabarī I, 187, págs. 356-7; al-Ṭaʿlabī, pág. 100.

⁹⁵ al-Ṭaʿlabī, págs. 94-95.

⁹⁶ Ṭabarī I, 192, pág. 362. Esta idea está prestada del pseudo-Efrén *Meʿarat Gaʿẓe*, donde tras el Diluvio, Noé encarga a Set rescatar el cadáver de Adán y transportarlo al Gólgota (lugar también presentado como el centro del mundo), Cf. *The Book of the Cave of Treasures*, trans. E. A. Wallis Budge, Londres, 1927; en al-Masʿūdī, *Murūj*, 64, Gabriel le trae a Noé el cadáver con el ataúd. En al-Ṭaʿlabī, pág. 82, Noé mismo entierra a Adán en Jerusalén tras bajarse del Arca. En fin, al-Masʿūdī (*Murūj*, 57) añade que algunos pretenden que el cadáver está en Minà, en la mezquita de al-Jayf.

⁹⁷ al-Ṭaʿlabī, pág. 61.

⁹⁸ Dt., 34:7; cf. al-Masʿūdī, *Murūj*, 89.

⁹⁹ Otra tradición de Ibn Abbās pretende que vivió 936 años (Ṭabarī I, 160, pág. 331). al-Masʿūdī afirma (*Murūj*, 57) que fueron 930 años, y repite el dato de los 40.000 descendientes.

cuarenta¹⁰⁰. Como no se acordaba de este pacto cuando el Ángel de la Muerte vino a señalarle su hora, protestó por la cuenta. Entonces Allah instituyó los contratos y documentos que hoy fundamentan el derecho¹⁰¹.

Por otra parte, la tradición musulmana ha conocido tres macrobios célebres y señalados por cima del resto; tres arquetipos de longevidad presentes en multitud de refranes y dichos populares. Estos son el patriarca Noé, el profeta al-Jidr y el sabio Luqmān. Noé recibió la profecía con 480 años; predicó en vano durante 120, y a los 600 se embarcó en el arca. Tras el diluvio, aún vivió por otros 350 años¹⁰². Taalibi recuerda que quizá su edad llegó a los 1300, al cabo de los cuales no había perdido ni la vitalidad ni los dientes. Tampoco el sentido del humor, pues al preguntarle un paisano: «¿Cómo has visto el mundo?», respondió: «Como una casa con dos puertas: por una entré y por la otra salí»¹⁰³.

Al-Jidr, por su parte, famoso y enigmático profeta islámico, venerado por los sufíes, protector ocasional de los campos de cáñamo y feliz integrador de las figuras de Elías y San Jorge el verde, ocupa plaza preferente entre los macrobios del Islam. Al-Siyistānī lo cita como el más longevo de los «mortales» por delante de Noé y sólo por detrás de Adán¹⁰⁴. En cuanto a Luqmān, cuya célebre leyenda confluye con la del sabio arameo Ajicar y quizás con la de Esopo¹⁰⁵, fue uno de los pocos supervivientes del extinto pueblo de 'Ād. Al-Ta'labī y otros refieren que en pago a su piedad se le concedió una larga vida, para lo cual hubo de elegir entre dos opciones: vivir tanto como «siete cagarrutas pardas de gacelas polvorientas nunca tocadas por agua de lluvia»¹⁰⁶ [?], o bien vivir tanto como siete buitres (eligió esto último). El postrero de estos buitres, Lubad, fue mucho más longevo que los

¹⁰⁰ Tabarī I, 157, pág. 328; al-Ta'labī, pág. 73.

¹⁰¹ *Ib.* La misma noticia también en al-Ta'labī, pág. 81.

¹⁰² Lo cual concuerda con sus 950 años de edad en Gn 9:28: Tabarī I, 179, pág. 348; al-Ta'labī, pág. 102.

¹⁰³ al-Ta'labī, pág. 103. Otras tradiciones, en fin, dicen que trabajó 400 años en el arca, etc. (Salmān al-Fārisī *apud* Tabarī I, 187, pág. 356.

¹⁰⁴ Abū Hātim al-Siyistānī, *Kitāb al-Mu'ammārīn*, ed. M. 'Abd al-Qādir 'Atā, Beirut, 3, pág. 13.

¹⁰⁵ Sobre la confusión entre el Luqmān macrobio (o Luqmān el viejo) y el Luqmān sabio (siendo mucho más tardío este último), cf. EI, s.v. *Luqmān*, art. de B. Heller-N.A. Stillmann; R. Basset, *Loqmān Berbère*, París, 1890; al-Mas'ūdī, *Murūj*, 105.

¹⁰⁶ al-Ta'labī, pág. 111.

anteriores¹⁰⁷, y pronto pasó junto con su dueño al acervo popular de los refranes y adagios relacionados con la longevidad, al modo de nuestro Matusalén¹⁰⁸.

La mayoría de los patriarcas forma parte del selecto club de los macrobios; pero —como acabamos de apuntar— la edad y la estatura humanas experimentan una continua mengua desde que la maldad y la concupiscencia hacen su aparición en el mundo¹⁰⁹. Esta disminución tiene su punto de inflexión en el Diluvio, que supone el exterminio de casi todos los gigantes y que encuentra un importante paralelo tanto en la *Lista real sumeria*¹¹⁰ como en los relatos griegos e indios acerca de un cataclismo acuoso¹¹¹. Ello responde al espíritu de Génesis 6:3, cuando Dios, por razones no del todo claras¹¹², limita la edad humana a 120 años. Casualmente (o no) este será en la tradición árabe uno de los criterios para determinar si un personaje es macrobio (o no)¹¹³. Dicha limitación por medio de catástrofes, por otra parte, ha sido considerada como un instrumento divino para atajar o aliviar el problema de la superpoblación provocada por la desbordante fertilidad de un universo recién creado y en expansión, que aún no se conoce a sí mismo y explora —un tanto inconscientemente— sus límites: una especie de maltusianismo teológico¹¹⁴.

¹⁰⁷ Pues el buitre y la culebra son dos arquetipos tradicionales de longevidad. Cf. EI, *s.v.*, *nasr*, art. de F. Viré.

¹⁰⁸ al-Maydānī, *Maʿyamaʿ al-amṣāl*, ed. M. Abū-l-Faḍl Ibrāhīm, Beirut, 1987, 4 tomos, vol. II, n.º 2265 («Buitre de Luqmān»), págs. 280-1, y n.º 2634, pág. 403 («Más viejo que un buitre»); al-Siyistānī, *Kitāb al-Muʿammarīn*, ed. cit., 3, págs. 13 y sigs; Cf. al-Yāhiz, *Libro de la cuadratura del círculo*, trad. P. Buendía, Madrid, 1998, 38, pág. 61.

¹⁰⁹ Cf. B. Wheeler, «Arab Prophets and the Tombs of Giants», art. cit., pág. 48.

¹¹⁰ Respecto de la edad menguante de los reyes antes y después del diluvio, cf. Th. Jacobsen, *The Sumerian King List* (Assyriological Studies, 11), Chicago, 1939; J. J. Finkelstein, «The Antediluvian Kings: A University of California Tablet», *Journal of Cuneiform Studies* 17 (1963), 39-51.

¹¹¹ El mito de Deucalión y Pirra, por ejemplo; cf. A.D. Kilmer, «The Mesopotamian Concept of Overpopulation and Its Solution as Reflected in the Mythology», art. cit. pág. 176; B. Wheeler, «Arab Prophets and the Tombs of Giants», art. cit., págs. 48-9 y n. 70.

¹¹² Especialmente si se compara con el posterior pasaje de Gn 9:1: «Sed prolíficos y multiplicaos».

¹¹³ Aunque también al parecer los egipcios y etruscos fijaban los 110 años como edad máxima humana, cf. Heródoto, *Historia*, trad. C. Schrader, Madrid, 1979, libro III, 23, y nota 125. Cf. EI, *s.v.* *muʿammar*, art. de J. H. A. Juynboll.

¹¹⁴ Expresión citada por A.D. Kilmer en «The mesopotamian concept of overpopulation», art. cit., pág. 173, n. 52. Cf. B. Wheeler, «Arab Prophets and the Tombs of Giants», art. cit., pág. 49.

En cualquier caso¹¹⁵, a los más de novecientos años de Noé suceden tras el diluvio los 600 de Sem; los 465 de su hijo Arfajšad; los 430 de su hijo Selaj (*Šālaḡ*); los 340 de su hijo Eber; los 239 de su hijo Peleg (*Fāliḡ*); los 200 de su hijo Ar'ū¹¹⁶, etc., hasta llegar a las edades ya inferiores de Abraham (175 años¹¹⁷), Isaac (186 años¹¹⁸), Ismael (127 años¹¹⁹) Jacob (140 años)¹²⁰, José (110 años¹²¹) y –ya entre los llamados profetas árabes– Hūd (150 años¹²²) y Šalih, que vivió tan sólo 58 años¹²³.

En consonancia con estos datos, encontraremos la teoría –una teoría común a varias culturas– de que en los tiempos primigenios toda la tierra estaba henchida de energía y producía frutos y razas ubérrimos, los cuales, con el paso del tiempo y la corrupción de las costumbres («Todo tiempo pasado fue mejor») se fueron achicando o reviniendo¹²⁴. La estatura y la edad menguan, al igual que los frutos y las semillas, en un marco de pérdida del candor y la fe virginales, del primordial aliento de la presencia divina, como una planta que lentamente se marchita sin los cuidados de su criador. Al enorme racimo de uvas traído de Canaán, al-Ṭa'labī añade una granada en cuya piel, una vez vaciada, cabían cuatro o cinco de los hijos

¹¹⁵ Compárese la genealogía que viene a continuación con Gn 10:21 y sigs.

¹¹⁶ Genealogía referida por al-Mas'ūdī, *Murūj*, 73-74.

¹¹⁷ Edad coincidente con la indicada en Gn 25:7. Sin embargo al-Ṭa'labī, pág. 170, le atribuye 200 años ó 195.

¹¹⁸ 170 en al-Ṭa'labī, pág. 173.

¹¹⁹ al-Ṭa'labī, pág. 170.

¹²⁰ Las tres edades en al-Mas'ūdī, *Murūj*, 80-1.

¹²¹ al-Mas'ūdī, *Murūj*, 89.

¹²² Tabarī II, 242, pág. 39; al-Ṭa'labī, pág. 112.

¹²³ Tabarī II, 252, pág. 47; al-Ṭa'labī, pág. 123.

¹²⁴ Y en este y no otro sentido debe ser interpretado el ya citado pasaje de Nm 13:32 («es una tierra que devora a sus propios habitantes, y toda la gente que hemos visto en ella son hombres de gran estatura»). La aparente contradicción entre una tierra feraz que mana leche y miel, fuente de toda fertilidad y bienaventuranza, y la idea inmediata de que al mismo tiempo esa tierra devora a sus propios habitantes (expresión de obvio sentido hiperbólico y evidente trasfondo pagano) está estrictamente ligada al concepto de la fecundidad exacerbada que brota de la tierra y ahoga o devora a sus propios habitantes, haciéndolos ser altos y robustos. Entre otras cosas porque, lo que no mata, fortalece.

de Israel¹²⁵. Según al-Ṭabarī¹²⁶, Allah envió a Adán tras la caída siete granos de trigo, cada uno de los cuales pesaba 100.800 dirhams (exactamente). Añade a ello al-Kisāʾi que las semillas del árbol del paraíso que Eva roba para Adán son tan grandes como una montaña¹²⁷. También la semilla que Gabriel trae a Adán desde el paraíso, «suave como la mantequilla y dulce como la miel» es del tamaño de un huevo de avestruz¹²⁸. Al-Ṭaʿlabī, en fin, recuerda una deliciosa lucubración de Kaʿb al-Aḥbār acerca de los frutos de la tierra:

«Las semillas fueron grandes durante los días de Adán y su hijo Set, hasta la época de Idrís. Cuando la humanidad se volvió impía, las semillas encogieron desde el tamaño de un huevo de avestruz a otro menor. Luego, en los días de Faraón, todavía menguaron más. En tiempos de Elías, cuando la gente descreía, las semillas quedaron como los huevos de gallina (y se dice que del faisán) y así permanecieron hasta el tiempo de Jeremías. Cuando mataron a Juan, hijo de Zacarías, y los días pasaron hasta la aparición de Nabucodonosor [*sic.*], las semillas adquirieron el tamaño de avellanas y así quedaron hasta los días de Esdras. Y aún cuando los judíos llamaron a Esdras hijo de Dios, encogieron hasta parecer guisantes. Así perduraron hasta los días de Jesús; pero cuando los cristianos llamaron a Jesús Hijo y a su Madre esposa de Dios, todavía encogieron hasta como se ven ahora. [...] Y aún pronto disminuirán al tamaño de granos de mijo»¹²⁹.

5. TUMBAS GIGANTES, HÉROES GIGANTES, FARAONES GIGANTES

De modo que, debido al diluvio y al exterminio, a su papel mitológico como artífices de la soberbia y la maldad humanas, a su inutilidad para la construcción del bien y al destino menguante que el cosmos les deparaba en tamaños y edades, lo razonable habría sido que los gigantes y macrobios se extinguieran en la literatura árabe-islámica, como muñecos rotos de un pasado mítico ya gastado e inservible. Sin embargo, siguieron vivos en el folklore y la religiosidad popula-

¹²⁵ al-Ṭaʿlabī, pág. 400.

¹²⁶ Ṭabarī, I, 128, pág. 298.

¹²⁷ O bien como huevos de avestruz (al-Kisāʾi, pág. 40, cap. 17).

¹²⁸ al-Kisāʾi, pág. 66, cap. 29.

¹²⁹ al-Kisāʾi, pág. 69, cap. 29. El texto –inverosímil y sin embargo real– parece anteponer la existencia de Juan el Bautista (Marcos 6:16-29; Mateo 14:3-12) a la de Nabucodonosor.

res, con una sorprendente e inextinguible vitalidad que ha arrojado multitud de muestras y ejemplos.

Tres gigantes aparecen en las fuentes árabes corriendo vida independiente del diluvio, de los profetas y de los pueblos extintos como 'Ād y Tamūd: se trata de 'Anāq bint Ādam, de su hijo Og y del célebre Goliat. La primera parece haber sido la primogénita de Adán y Eva, nacida incluso antes que Caín y Abel. Una repetida tradición, de carácter netamente etiológico, asegura que en cada uno de sus 20 (o quizá 120) partos, Eva tuvo gemelos, niño y niña; y que cada uno de los hijos que tenía se casaba con una de sus hermanas, a excepción de la propia gemela, que le estaba vedada. Con la invención de este «incesto a medias», pudo desarrollarse la humanidad, pues como el propio al-Ta'labī aclara: «En aquellos días no había mujeres que no fueran las hermanas de los hombres y cuya madre común no fuera Eva»¹³⁰. No obstante, dicha regla conoció algunas excepciones: la más notable la de Caín, que mató a Abel por no tener que intercambiar las gemelas (ya que la suya era mucho más guapa¹³¹), y también la de la monstruosa 'Anāq, que nació sin gemelo conocido. Al-Mas'ūdī traza en sus *Ajbār al-Zamān*¹³² el inquietante retrato de esta antigua doña gigante: de complexión deforme, tenía dos cabezas, y en cada mano diez dedos, cada uno con dos uñas agudas como hoces (con las cuales descuajaba árboles y excavaba la tierra, añade al-Kisā'i¹³³). 'Anāq «fue la primera en fornicar, en prostituirse, en hacer pública ostentación de sus pecados y en andar en tratos con los demonios, conjurándolos con la magia»¹³⁴.

Es evidente que esta 'Anāq, por una parte, es prima hermana de Lilith, y por otra guarda estrecha relación con los ya nombrados 'ānāqīm bíblicos¹³⁵, uno de los pueblos de gran corpulencia que habitaban Transjordania antes de la conquista israelita. La voz hebrea 'ānāq, por más señas, significa 'gigante' o 'gente de cuello

¹³⁰ al-Ta'labī, pág. 74.

¹³¹ al-Ta'labī, págs. 74-77; Tabarī I, 137-8, pág. 308; y 146, págs. 316-17. Existen otras excepciones, como la de Set, casado con su gemela Ḥazūra, y otras en Tabarī I, 165, pág. 336. Véase la explicación algo mendaz y difamatoria contra los mazdeos aportada al respecto por al-Mas'ūdī, *Murūj*, 50.

¹³² al-Mas'ūdī, *Ajbār al-ḡamān*, ed. 'Abd Allāh al-Ṣāwī, Beirut, 1996, págs. 116-117.

¹³³ al-Kisā'i, pág. 251, que sin embargo la presenta como hermana gemela y esposa de Caín.

¹³⁴ al-Mas'ūdī, *Ajbār al-ḡamān*, *ib.* La misma noticia en al-Ta'labī, pág. 75; al-Ta'labī, pág. 400.

¹³⁵ Dt, 2:11; 2:21.

largo¹³⁶, y ya en Nm 13:33 hemos visto que los gigantes son llamados «hijos de ‘Anāq». La relación entre la leyenda de la giganta lujuriosa y su antropónimo es algo que se nos escapa; aunque, como ya hemos visto, los gigantes que no son profetas son pintados como seres desordenados y libidinosos (esto es, a la manera de *Génesis* 6:1-4 y del *Libro de los Vigilantes*). Además, la tradición árabe convierte a ‘Anāq en la madre del mítico Og (‘ūj), gigante que en *Deuteronomio* 3:11 es descrito como rey de Basán y cuyo lecho o sarcófago de nueve codos de largo por cuatro de ancho encuentran los israelitas en Rabbat Ammón (la actual Ammán de Jordania). Las fuentes islámicas convierten a Og hijo de ‘Anāq en el gigante por antonomasia, un coloso que capturaba peces metiendo mano al mar y asándolos en el disco solar, a quien el diluvio tan sólo pudo cubrirle las rodillas¹³⁷ y que según general asenso fue eliminado por Moisés¹³⁸. Goliat, otro de los gigantes célebres del folklore mundial, también figura en las fuentes árabes tras ser nombrado en el Alcorán (2:251); si bien rodeado de una notable confusión, pues unas veces aparece convertido en rey de los amalecitas que habitaban Tierra Santa a la llegada de Moisés y Aarón¹³⁹, y otras como monarca de los bereberes «de Palestina», pueblo que habría migrado al norte de África una vez que David acabó con su rey¹⁴⁰.

Aunque estos tres son gigantes de alcurnia, no fueron los únicos supervivientes de la extinción. El mito de la dispersión de la humanidad según el reparto de Noé entre sus tres hijos, Sem, Ham y Jafet, conoció en la literatura árabe un desarrollo tan natural y etnocentrista como el ideado por sus propios creadores hebreos, y fue oportunamente aprovechado para incardinar a los árabes en el centro de la *Historia de Salvación*, en el preciso momento en que la naciente humanidad estaba tomando cuerpo. Entre las múltiples versiones y variantes de la leyenda, permanece diáfano y claro que Sem fue instalado en el centro del mundo, es decir, en

¹³⁶ Cf. G. Buchanan Gray, *A Critical and Exegetical Commentary on Numbers*, New York, 1903, pág. 141 *ad* 13:22.

¹³⁷ al-Ṭa’labī, págs. 399 y sigs; al-Kisā’i, pág. 251, cap. 68.

¹³⁸ Tabarī, *Tafsīr ad* 6:26; al-Ṭa’labī, pág. 99; al-Mas’ūdī (*Murūj*, 89 y 91), insiste en que fue Josué quien derrotó en Palestina y Siria a los amalecitas y otras tribus de gigantes.

¹³⁹ al-Tabarī, *Tārīj al-Rusul wa l-Mulūk = The History of al-Tabari*, Vol. III, *The Children of Israel*, trad. W.M. Brinner, New York, 1989, 548, pág. 129.

¹⁴⁰ al-Mas’ūdī, *Murūj*, 93. Cf. H. de Felipe, «Leyendas árabes sobre el origen de los beréberes», *Al-Qantara* 11 (1990) 379-396, págs. 383 sigs.

La Meca¹⁴¹, que tras la caída ya había sido fundada por Adán a instancias divinas¹⁴². De la estirpe de Sem proviene una serie inmediata y variable de pueblos, todos gigantes y poderosos: los faraones de Egipto¹⁴³ y la legendaria cáfila de 'Ād, Tamūd, Tasm, Yādīs, Yurhum y por supuesto 'Imliq y sus amalecitas (ár. *al-'Amāliqa*)¹⁴⁴. Todos estos pueblos serían llamados «árabes verdaderos» *porque su lengua original era el árabe*, en tanto que los árabes conocidos históricamente reciben el nombre de «árabes arabizados», ya que sólo aprendieron el árabe tras asimilarse a ellos¹⁴⁵, después de que su patriarca Ismael se casara con una mujer la tribu de Yurhum y se integrara en ella¹⁴⁶.

¹⁴¹ Tabarī II, 216, pág. 14: Hijos de Sem: Eber, Elam, Asur, Arfajšad, Lod y Aram. A Sem le fue adjudicada La Meca. De Arfajšad provienen todos los árabes y todos los faraones de Egipto. De Jafet provienen todos los reyes de los no-árabes, como los turcos, los jázaros y los persas. De Ham, negros y esclavos por haberse reído de las partes de Noé mientras este dormía la siesta en el Arca (entre otras versiones: Tabarī II, 212, págs. 11-12).

¹⁴² Así en al-Kisā'i, págs. 61-2, 65, caps. 28-9; al-Ta'labī, pág. 67.

¹⁴³ Aunque el propio al-Tabarī (I, 167, pág. 338) recoge esta variante: que los faraones y demás gigantes provienen de Caín, cuyos descendientes fueron «gigantes y faraones (o bien «tiranos impíos» = *ḡabābira wa farā'ina*)». Se les dio una gran estatura, de 30 codos. Los hijos de Caín desaparecieron, quedando solo unos pocos descendientes, puesto que el origen de toda la actual humanidad remonta a Set.

¹⁴⁴ Tabarī II, 213, pág. 12. Uno de los nietos de Noé, Lod, casó con una prima (Šakba, hija de Jafet) y tuvo a Fāris, epónimo de los persas. Tuvo, además, a Tasm y a 'Imliq, epónimo de los amalecitas. De estos amalecitas «descienden los gigantes de Siria que fueron llamados Cananeos, y los faraones de Egipto» (*ib.*). Otra versión del mismo autor (Tabarī II, 217, pág. 16) afirma que Tasm, Yādīs e 'Imliq son descendientes de Lod. Otro nieto de Noé, Aram, fue el patriarca de las tribus colosales de Tamūd y ŷudays (ŷadīs), y también de 'Ād (*ib.*, 217, pág. 16).

¹⁴⁵ «Los árabes llaman a esas naciones los árabes *verdaderos* (*al-'arība*) porque el árabe era su lengua original, en tanto que llamaron a los descendientes de Ismael lo árabes *arabizados* (*al-muta'arība*), pues sólo hablaron la lengua de esos pueblos después de haber convivido con ellos» (Tabarī II, 215, págs. 13-14). Otros detalles algo más adelante (Tabarī II, 219, págs. 17-18; *ib.* 222, pág. 20) y sobre todo en al-Mas'ūdī, *Murūj*, 68-72.

¹⁴⁶ al-Mas'ūdī (*Murūj*, 79) recuerda el texto de Alc 14:37 con Abraham quejándose de la aridez que La Meca depararía a su hijo Ismael («¡Señor! He establecido a parte de mi descendencia en un valle sin cultivar, junto a tu Casa Sagrada, ¡Señor! para que hagan la azalá. ¡Haz que los corazones de algunos hombres sean afectuosos con ellos!»). Allah, apiadándose, puso a los yurhumies y los amalecitas en vecindad con los ismaelitas como compañía de su soledad, bienquistándose con ellos y asimilándose. Cf. asimismo al-Ta'labī, pág. 141. En fin, Yāqūt recuerda, a propósito del «antiguo nombre de la Meca» (*Bakka*) que se llamaba así porque «en ella abundaban [*tabukku*] 'los cuellos de los gigantes», Mu'ŷam al-Buldān, Beirut, 1977, 5 vols., *s.v. Bakka*, vol. I, pág. 475; cf. T. Fahd, *Le Panthéon De L'Arabie Centrale A La Veille De L'Hégire*, París, 1968, pág. 213, n.5.

También los antiguos egipcios, el pueblo de los faraones, gozó en el Islam de una extendida reputación de gigantismo. Por sus construcciones colosales –las pirámides y templos diseminados a lo largo del Nilo– se hicieron acreedores de tal fama. No hay duda de que pocos monumentos han tentado más la imaginación humana que las pirámides de Menfis; y pocos parecen haber necesitado de recursos más extraordinarios para su construcción. Cuando Abū Ḥāmid las visita en el s. XII, no puede evitar mencionar al legendario faraón Suwīd (o Sūrīd) b. Šariyā, gigante benéfico y macrobio al que ya Ibn Waṣīf Šāh había atribuido la autoría de tan extraordinarios monumentos¹⁴⁷. Contemplándolos, Abū Ḥāmid recuerda unos hermosos versos de al-Mutanabbī:

ما قومه ما قومه ما المصرع	ابن الذي الهرمان من بنائه
تختلف الاثار عن أصحابه	حيناً و يدركها الفناء فتتبع

*¿Qué fue del que mandó edificar las pirámides?
¿A qué pueblo perteneció? ¿Cuál fue su tiempo? ¿Por qué sucumbió?
Las demás obras se van deteriorando y se desmoronan.
y quedan atrás junto con sus dueños.*¹⁴⁸

Estos versos expresan maravillosamente la congoja que una mentalidad antigua debía de sentir al contemplar antiguos edificios cuyas técnicas y razones se le escapaban por completo, y acerca de cuya época y constructores no sabía nada en absoluto. Tales circunstancias multiplican la difusión de mitos y leyendas a medida¹⁴⁹. Ibn Waṣīf Šāh traza toda una genealogía de faraones corpulentos, enormes y macrobios cuyo devenir transcurre paralelo a los personajes de la *Historia de salvación* desde Noé hasta Moisés. Todos ellos dominan una serie de maravillosos conocimientos como la matemática, la magia y la astronomía (de la que Egipto es tradicional custodio). Los faraones gigantes y todopoderosos se valen de su ciencia y poder para sus construcciones¹⁵⁰. Este tipo de etiología no es muy distinta de

¹⁴⁷ Ibn Waṣīf Šāh, *L'Abrégé des Merveilles*, trad. Carra de Vaux, París, 1984, págs. 179 y sigs.

¹⁴⁸ *Tuhfa*, pág. 123. Transcribo los versos tal y como los edita G. Ferrand («Le *Tuhfat al-Albāb* de Abū Ḥāmid al-Andalusī al-Garnatī», *Journal Asiatique* (1925), 193-281, pág. 225), quien añade otra versión, citada por al-Ibšīhī, algo más coherente por cuanto respecta al segundo hemistiquio del primer verso (ما قومه ما يومه ما المصرع). Tengo la impresión de que A. Ramos, en su excelente traducción de la *Tuhfa*, siguió para ese hemistiquio el texto de al-Ibšīhī (aunque Dios es más sabio).

¹⁴⁹ Debemos reparar en que ni siquiera hoy sabemos con certeza cómo fueron construidas las pirámides, y que eso posibilita la difusión de teorías absurdas, como que las construyeron los marciaños y otras muchas cachupinadas. El proceso mitogenésico es el mismo, *et intelligenti pauca...*

¹⁵⁰ *L'Abrégé des Merveilles*, o, cit., págs. 157 y sigs.

otra que a los árabes les resultó tempranamente familiar: la atribución de muchas construcciones desconocidas a la fuerza y embrujo de los genios. Así sucedía con Baalbek o con la milagrosa cueva de Rustam en Abhar, que Abū Ḥāmid¹⁵¹ les adjudica sin gran quebranto; o la ciudad de Palmira, construida por los genios para Salomón, junto con otros castillos y fortalezas, como la célebre Gumdān en el Yemen¹⁵². Desde este punto de vista, las impresionantes ruinas nabateas de Madā'in Šāliḥ y otros lugares de la antigua Arabia debieron obrar un proceso mitogenésico similar en torno al presunto carácter gigante de los 'ādies y tamudeos.

Las tumbas gigantes dispersas por varios lugares de Oriente Medio y otras latitudes islámicas forman parte también de este panorama. B. Wheeler menciona más de una decena de alargados y misteriosos sepulcros, objeto de veneración, limosna, ofrenda y romerías, como la pretendida tumba del profeta árabe Šāliḥ en Zūfār (Omán), de más de 20 pies de larga; la de Hūd en el Hadramawt, de unos 90 pies¹⁵³; la de Set en el valle de Bekaa del Líbano, de 40 metros; la de Abel en Sūq Wādī Barada (cerca de Damasco) de unos 10 metros de longitud, o la de Josué en Zayy (cerca de Salt, Jordania), de treinta y seis pies¹⁵⁴. Todas estas tumbas son de profetas, bien árabes, bien incorporados al Islam por la interpretación musulmana de la *Historia de Salvación*. Marcan, pues, una *apropiación simbólica de la profecía* puertas adentro del Islam. Son, en definitiva, un instrumento de legitimación religiosa. En este sentido, su incorporación al acervo religioso musulmán no se diferencia mucho de la inmersión de los árabes en el citado mito de la dispersión de la humanidad y su incardinación en el centro del mundo, La Meca, lugar desde el cual continuará ininterrumpido el mensaje profético desde los profetas Hūd, Šāliḥ, Šu'ayb, Abraham e Ismael hasta Mahoma. Ya hemos visto cómo algunos de los primeros pueblos conocidos de la humanidad eran árabes, «árabes verda-

¹⁵¹ *Tubfa*, págs. 53 y 55.

¹⁵² Ambas noticias en al-Ta'labī, págs. 507 y 536. Cf. al-Yāhiz, *Libro de la cuadratura del círculo*, o. cit., 63.

¹⁵³ Sobre la pretendida tumba de Hūd, cf. R.B. Serjeant, «Hud and other Pre-Islamic Prophets of Hadramawt», *Le Muséon* 6 (1954), 121-179.

¹⁵⁴ Es también célebre la llamada «Tumba de Hiram» (reputado asimismo por macrobio, cf. *Jewish Encyclopedia*, s.v. *Hiram*, *Huram*, art. de M Seligsohn, con ilustración del monumento), de doce pies de largo y seis de alto, en las cercanías de Tiro, Líbano (E. Robinson, E. Smith, *Biblical Researches in Palestine, Mount Sinai and Arabia Petrea*, vol. III, Boston, 1841, págs. 385-6). A. Jausen documenta asimismo la existencia de otra tumba, perteneciente a un llamado Šayj 'Alī, de unos 40 codos en Busra al Hariri (Siria), *Contumes des Arabes au pays de Moab*, París, 1948. Abū Ḥāmid (*Tubfa*, págs. 84-6) refiere algunos relatos fantásticos relacionados con las tumbas de Hūd y los 'ādies en el Hadramawt, donde se describen cadáveres de hombres tan grandes «como un pedazo de montaña».

deros» (o bien «árabes desaparecidos»), que tenían el árabe como lengua original, no adquirida por evolución o contacto. Una vieja leyenda quizá inventada por Ibn Abbás pretende que «Adán habló setecientas lenguas, la mejor de las cuales es el árabe»¹⁵⁵. Por lo tanto, también el árabe se coloca en el centro de la profecía y de la historia humanas, frente al hebreo y al arameo. En resumen, los gigantes y sus formidables tumbas, las leyendas acerca de enormes pisadas y objetos colosales –con la grandiosidad y el prodigio que comportan– implican necesariamente una revolucionaria mitología de los orígenes puesta al servicio de una nueva visión religiosa que clama su autenticidad por encima de las religiones que la preceden. Se trata, a fin de cuentas, del difuso relicario de un formidable ajuste de cuentas con la historia profética¹⁵⁶.

Mucho se ha especulado sobre la naturaleza de esas tumbas, apuntándose la posibilidad de que sean testimonio de cultos preislámicos de tipo agrario o vegetal¹⁵⁷; o bien que se trate de la pervivencia reciclada al islamismo de aquellos túmulos prehistóricos, tan abundantes en Transjordania, con los que se ha querido identificar el sepulcro-sarcófago del gigante Og de Dt 3:11¹⁵⁸ (el cual, a su vez y para incomodo de hebraístas, guarda tanta similitud con las tumbas de gigantes aquí nombradas)¹⁵⁹. Tengamos además en cuenta la tradicional veneración árabe por los muertos y sus tumbas, ya mostrada con mano maestra por I. Goldziher¹⁶⁰. Es probable, pues, que la envidia de tales «gigantes» remonte, en palabras de M. García Cordero, «a pobladores de la edad de piedra, anteriores a la oleada semítica, que introdujo el uso del cobre»¹⁶¹.

¹⁵⁵ al-Kisā'i, pág. 28, cap. 12.

¹⁵⁶ Cf. B. Wheeler, «Arab Prophets and the Tombs of Giants», art. cit., pág. 52.

¹⁵⁷ B. Wheeler, *ib.*, págs. 44-5, citando a W.H. Ingrams, «Hadhramaut: A Journey to the Sei'ar Country and Through the Wadi Mascila» *Geographic Journal* 88 (1936): 524-51.

¹⁵⁸ Cf. J. R. Bartlett, «Sihon and Og, Kings of the Amorites», *Vetus Testamentum* 3 (1970), 257-277; G. del Olmo Lete, «Bašan o el 'Infierno' Cananeo», *Studi Epigrafici e Linguistici sul Vicino Oriente Antico* 5 (1988), *Cananea selecta. Festschrift für O. Loretz*, 51-60.

¹⁵⁹ Véanse detalladas descripciones de tales túmulos en D. Mackenzie, «The Megalithic Monuments of Rabbath Ammon at Amman», *Palestine Exploration Fund*, annual 1911, págs. 1-40; J.G. Frazer, *El folklore en el Antiguo Testamento*, Madrid, 1993, págs. 328-329.

¹⁶⁰ I. Goldziher, «On the Veneration of the Dead in Paganism and Islam», en *Muslim Studies*, New Jersey, 2008 (reimpr. Londres, 1971), vol. I, págs. 209-238.

¹⁶¹ M. García Cordero, *Biblia y legado del Antiguo Oriente*, Madrid, 1977, pág. 134; y cf. pág. 41.

Aporta mucha luz a este respecto el agudo testimonio de J. Caro Baroja, según el cual los nómadas del Sahara Occidental creen en la existencia de una raza extinguida y distinta de la suya: los célebres *Hilalien* o Banū Hilāl¹⁶². Para los nómadas, estos *Hilalien* eran «gigantes alados que habitaban sobre todo en el norte» y que no eran musulmanes:

«El tamaño de los *Hilalien* queda bien determinado por la distancia evidente entre las piedras [de los cementerios], que es mucho mayor que la que se observa en los sepulcros corrientes, según la opinión común [...] Es curioso observar que, así como para muchos campesinos españoles «los moros» fueron en realidad seres legendarios y con características distintas en gran parte a las humanas, que poblaron el país en un momento remoto, llenándolo de recuerdos (cementerios, puentes, caminos, etc) [...], para los saharianos los *Hilalien* poseen caracteres semejantes y también los portugueses, que tantas relaciones tuvieron con ellos desde mediados del siglo XV hasta finales del siglo XVI»¹⁶³.

6. TEORÍAS (Y ALGÚN DESMENTIDO) ACERCA DE LOS GIGANTES

Los gigantes, por lo tanto, no desaparecieron, porque siguieron siendo una pieza útil en el rompecabezas del pasado semítico que los nuevos musulmanes quisieron capitalizar frente a las otras religiones del Libro. Además de ello y por su parte, los macrobios conocieron una extensión «a lo seglar», pues su presencia en este mundo rozaría incluso los tiempos islámicos, en forma de leyendas sobre poetas y otros mortales supervivientes a edades centenarias. Así como Heródoto había fantaseado acerca de los macrobios de Etiopía¹⁶⁴, los árabes creyeron —o más bien quisieron creer— que fue característico de su estirpe alcanzar longevas y prolectas edades¹⁶⁵. Al-SiYstānī y al-Dahabī compusieron bellas y peregrinas obras acerca de los macrobios, en las que se espigan hermosos versos sobre el desengaño

¹⁶² Transcribo tal y como lo hace Caro Baroja por *hilalies* o Banū Hilāl, sobre los cuales, cf. EI, *s.v.* *Hilāl*, arts. de H. R. Idris y J. Schleifer.

¹⁶³ J. Caro Baroja, *Estudios saharianos*, Madrid, 1990, págs. 279-280.

¹⁶⁴ *Historia*, Libro III, 20-24, pág. 56 y sigs.

¹⁶⁵ Incluso un sensacional erudito como Irfan Shahid se resiste a descreer de tales ideas: «But the Arabs of those days lived to ripe old ages, and counted among them many macrobiotes», *Byzantium and the Arabs in the Fifth Century*, Washington, 2006, pág. 362.

y la futilidad de los destinos humanos puestos en boca de hombres (árabes) que sobrepasaron edades centenarias:

*Hastiado estoy de lo largo de esta vida,
pues cientos de años ya alcancé a vivir.
Cien vinieron, después otros doscientos.
Por mi vida pasaron largos meses y años,
¿no va a ser cuanto queda igual que cuanto fue?
Un día que pasa y la noche que nos lo devuelve.¹⁶⁶*

Asimismo, los macrobios sirvieron para estirar las cadenas de transmisión de ciertos hadices (especialmente en épocas tempranas en Kufa), uno de cuyos garantes habría gozado de la longevidad necesaria para que las cuentas temporales cuadraran¹⁶⁷. No obstante, frente a estas desordenadas visiones pronto se alzó la voz racionalista de al-Yāḥiz, quien en su *Kitāb al-tarbī' wa l-tadmīr* arremete de forma demoledora contra la existencia de macrobios y gigantes:

En relación a cuanto las tradiciones transmiten sobre la altura y la anchura de los cuerpos de la gente, a cuanto se asegura sobre la grandiosidad, humanidad y corpulencia que tenían —quitando lo que el Libro dice de los cuerpos de 'Ad—, el argumento contra tales mentiras se halla a la mano, y a la vista está la prueba que señala el extravío del sentido común de sus autores: por ejemplo el tamaño de las espadas de los nobles, el cuento de las lanzas de los caballeros, las coronas de reyes que se conservan en la Caaba; o la estrechez de sus puertas y la escasa altura de los peldaños de las escaleras en sus viejos castillos y antiguas ciudades. También los sarcófagos que les servían de sepulturas, las puertas de sus tumbas en las entrañas de la tierra o en la cima de los montes; sus mazmorras, la altura a la que colocaban los candiles de sus iglesias y —mirando a ras de sus cabezas— sus casas de culto, foros y campos de juego.

[...] Si la razón de su elevada estatura y corpulencia está en pertenecer a una época ya extinta, a la mocedad de la tierra y su esplendente energía —antes de ajar-se la una e ir consumiéndose la otra—, lo natural hubiera sido que sus antecesores fueran más grandes aún y, en virtud de tal cálculo, se hubieran ido achicando

¹⁶⁶ Atribuido a al-Mustawgīr b. Rabī'a b. Ka'b, de quien al-Siyistānī dice que vivió trescientos treinta y tres años y llegó a ser contemporáneo del Islam (*Kitāb al-Mu'ammārīn*, ed. cit., 10, pág. 24). Cf. asimismo J. Sublet, «Les centenaires de Ḍahab», *Cahiers d'onomastique arabe* 1 (1979), 99-159.

¹⁶⁷ Cf. EI, s.v. *mu'ammār*, art. de G.H.A. Juynboll; y su excelente artículo «The Role of Mu'ammārūn in the Early Development of the *Isnād*», *Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes* 81 (1991), 155-175.

sus descendientes, los sucesores de los descendientes y los que vinieran tras estos últimos¹⁶⁸.

Como buen sofista y paradoxógrafo, al-Ŷāḥiẓ estaba recordando un viejo *topos* que probablemente nace con la especulación jonia y alcanza hasta la antigüedad tardía con la obra de Flegón de Trales y Solino¹⁶⁹: el mito del paso del tiempo y la degeneración de la naturaleza. Ambos autores nos han dejado numerosas tradiciones acerca de hombres de altura y edad excepcionales, así como del descubrimiento de restos humanos de enorme tamaño: dientes, urnas funerarias y osamentas hallados en la tierra muḍa. También ambos recurren al mismo argumento para explicar los hechos que al-Ŷāḥiẓ denunciará algunos siglos más tarde: «La stirpe de nuestra época, arruinada por una herencia en degeneración, perdió el lustre de la antigua donosura a consecuencia del desgaste de las sucesivas generaciones» (Solino); «Porque la naturaleza desde el principio en su plenitud generaba todo semejante a los dioses; pero con el correr del tiempo se ha ido disminuyendo también el tamaño de los seres vivos» (Flegón de Trales).

Desde la antigüedad, la referencia a un pasado desconocido y remoto comporta a menudo la atribución a sus moradores de grandes hechuras y edades longevas. Si estos, además, fueron reyes legendarios, campeones de antaño, la grandeza que los acompañaba debía ser física además de moral. Así lo pensaron los griegos desde Hesíodo y Heródoto¹⁷⁰. Así lo encontramos incluso en los zapatos «que podían ser tumbas de un filisteo» del dómine Cabra¹⁷¹, y en la conquista de América con Fray Juan de Torquemada¹⁷²: todo héroe, toda leyenda, debe contarse a lo

¹⁶⁸ *Libro de la cuadratura del círculo*, o. cit., 61-2 (el subrayado es nuestro). Sobre su descreimiento acerca de los macrobios, cf. *ib.*, 59.

¹⁶⁹ Flegón de Trales, 15 (13, 9), págs. 191-2 en *Paradoxógrafos Griegos. Rarezas y Maravillas*, ed. F. J. Gómez Espelosín, Madrid, 1996. Solino, *Colección de hechos memorables o El erudito*, ed. F. J. Fernández Nieto, Madrid, 2001, 87, pág. 170. Otros autores que tratan el tópico son Filóstrato (*Gimnástico*, 1 y 44) y Pausanias (I, 35, 5 y sigs; VI, 5, 1).

¹⁷⁰ Heródoto, *Historia*, libro III, pág. 56, n. 112 de C. Schrader; Hesíodo, *Trabajos y días*, 109-120.

¹⁷¹ «Cada zapato podía ser tumba de un filisteo» (por prestado y grande), *El Buscón*, ed. D. Ynduráin, Madrid, Cátedra, 1996, pág. 118.

¹⁷² «Se sabe haber morado estas extendidas y ampliadísimas tierras y regiones de la Nueva España, fueron unas gentes muy crecidas de cuerpo que llamaron después otros *quinametin* (que quiere decir gigantes), porque sin duda los hubo en estas provincias cuyos cuerpos han aparecido en muchas partes de la tierra cavando por diversos lugares de ella; y hemos visto sus huesos tan grandes y desemejados que pone espanto considerar su grandeza. De donde hubiesen venido estos gigantes

grande. Esa es la condición del mito, aunque muy a menudo se haya señalado que tales huesos y restos descomunales, hallados en torno al mediterráneo, Oriente Medio y Asia Menor —y que fueron atribuidos en multitud de fuentes antiguas a los héroes de antaño—, en realidad pertenecen al hallazgo fortuito de restos fósiles de animales prehistóricos¹⁷³.

Y no obstante, aún nos sorprendemos cuando Solino, tras recordar los siete pies de altura de Hércules, los diez de Pusión y Secundila o la osamenta de siete codos de Orestes, recuerda que «años después, durante el reinado del divino Claudio, fue traído de Arabia un hombre llamado Gabbara, de nueve pies y el mismo número de onzas»¹⁷⁴. Arabia, Gabbara y los gigantes que en árabe se llaman *Yābbār* y *Yābābira*... *Se non é vero*...

* * *

Como en tantas otras cosas, el desmentido de al-*Yāḥiz* en este punto tuvo muy contados seguidores. Uno de ellos fue al-Mas'ūdī, quien, aunque no encontró remilgos en relatar aventuras de gigantes, refutó también su existencia con argumentos parejos¹⁷⁵. Aún así, son legión los autores árabes que creyeron a pies juntillas en tales criaturas y divulgaron sus leyendas con argumentos de género —ya lo dijimos— etnocéntrico. No obstante, siglos después constituye una notable excepción otro de los grandes pesadores del Islam, Ibn Jaldún, que a su vez denunciará la falsedad del viejo tópico sobre la degeneración del cosmos, con una de las primeras formulaciones acerca de la arquitectura como expresión del poder y la ambición humanas¹⁷⁶.

acá, no se sabe; pero sabemos que antes del Diluvio, dice la Sagrada Escritura, que había gigantes sobre la tierra que nacieron de las hijas de los hombres que se copularon con los hijos de Dios», Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, Sevilla, 1615, capítulo XIII («Que trata de los gigantes, primeros moradores de estas indianas tierras antes de los Tultecas»).

¹⁷³ F. J. Fernández Nieto, pág. 172, n. 156 a su edición del *Polyhistor* de Solino, o. cit.; A. Gianini, «Studi sulla paradossografia greca I», *Rendiconti del Istituto lombardo di scienze e lettere* 97 (1963), 246-66; íd., «Studi sulla paradossografia greca II» *Acme* 17 (1964), 99-140.

¹⁷⁴ Solino, *Colección de hechos memorables o El erudito*, o. cit., 88, pág. 171. Por prurito de rigor filológico hemos suprimido el acento con que el traductor transcribe el latín 'Gábbara', para adaptarlo a la fonética de la palabra con que en árabe (incluso en árabe dialectal del siglo XXI) se designa a los gigantes y fortachones (*yabbār*, pl. *yabābira*).

¹⁷⁵ al-Mas'ūdī, *Murūj*, 1261-3.

¹⁷⁶ Ibn Jaldún, *Muqaddīma*, 1ª parte, sección 3ª, pág. 348 y sigs. Trad. W. M. G. De Slane, París, 1863.